

A C A N T I L A D O

Natalia Ginzburg

Domingo

Relatos, crónicas  
y recuerdos

TRADUCCIÓN DE  
ANDRÉS BARBA



# **DOMINGO**

**RELATOS, CRÓNICAS Y RECUERDOS**

**NATALIA GINZBURG**

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO  
DE ANDRÉS BARBA



ACANTILADO  
BARCELONA 2021

TÍTULO ORIGINAL

*Un'assenza*

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2016 by Giulio Einaudi editore s.p.a, Turín, Italia  
© de la traducción, 2021 by Andrés Barba Muñiz  
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-18370-33-5

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL  
*febrero de 2021*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

# RELATOS

## SEPTIEMBRE

Se despierta con una penosa angustia en el corazón. Algo ha terminado definitivamente. Junto a la cama ve su bata de franela roja; la otra, la de flores verdes y azules, la han guardado con la ropa de verano.

Es ahora cuando se da cuenta de que ha terminado el verano, que mañana empezarán de nuevo las clases. Mientras se lava, una mosca se posa sobre su espalda desnuda. La espanta con rabia. Siente que detesta la mosca, que se detesta a sí misma y también el sostén de tul rosa que está tendido en la silla. Afuera llueve a cántaros sobre el jardín tranquilo y sobre los pinos altos. La grava fina del patio delantero parece más oscura. Anita baja a desayunar: el pelo mal cepillado le da un aire tosco y desaliñado. Aún no hay nadie en el comedor, sólo la pequeña Paola en su trona. Tiene un conejo bordado en el babero. Anita le da un beso, besa sus manos rollizas.

«Anita, ¿cómo es posible que aún no hayas aprendido a peinarte?—Es su madre. Lleva un largo albornoz violeta: la espesa melena gris le huele a lavanda—. María, ¿te he dicho ya lo que tienes que preparar para la comida? Y de postre ya sabes, nueces y uvas, pero asegúrate de que están bien maduras».

Anita inclina la cabeza sobre la taza. Hace un mes que espera y teme que llegue este día, pero no ha querido pensar en él. «Se ha acabado, se ha acabado», lamenta, y se le llenan los ojos de lágrimas. Mañana tendrá que ir corriendo al colegio con su enorme cartera llena de libros. Ya no tendrá tiempo de mirar a su alrededor, de confrontar las cosas y a sí misma. Un ansia, un afán continuo: los días breves, la noche que sobreviene como una amenaza cuando aún no ha terminado los deberes. Las manos manchadas de tinta y en los oídos un zumbido de versos en latín, y la geografía, ¡esa dichosa geografía!

Recorre las habitaciones en busca de un rincón en el que estar a solas y tranquila, pero allá adonde va encuentra escobas, trapos para el polvo, sillas boca abajo y ventanas abiertas. Las mujeres canturrean y hacen un ruido tremendo. «Se ha acabado, se ha acabado», repite despacio. ¿Dónde esconder su tristeza?

Al final se encierra en el salón: libros y alfombras, grandes sillones de cuero; en la mesita baja de estilo oriental hay una caja de cerillas coloradas. «¿Estás triste porque se han acabado las vacaciones?». Filippo, su hermano mayor, ha entrado silenciosamente: fuma una pipa pequeña, está de pie, junto al escritorio. Anita se acerca y él le pone las manos sobre los hombros: le gusta acariciarle el mentón liso, redondo, y esas pequeñas arrugas que se le forman en la comisura de los labios. Ella le abraza con un placer inconsciente. Siempre que se pelea con todos y corre a llorar a su habitación, él la sigue y la consuela bromeando un poco con ella, lo que le hace sentir aún más ira hacia los demás mientras trata de sofocar los sollozos en su hombro. «Tú sí que eres

bueno», querría decirle, pero no se atreve: en su relación no hay más que una tímida ternura, disfrazada de bromas y de una ironía amable. «¿Estás triste porque se han acabado las vacaciones?», le pregunta Filippo despeinándole el pelo de la nuca. Se sientan en el mismo sillón y en el cristal de las vitrinas ven reflejados sus rostros parecidos. Anita sabe que Filippo debe marcharse, que esta noche cogerá el tren y que ya tiene preparadas las maletas: va a pasar el año en el extranjero, en Alemania.

Le dice que estudie. «Mira que vas a tener dificultades desde el principio y que los exámenes son complicados...». Anita no le escucha. Piensa en el invierno, en ese largo invierno sin él... Le toma la mano, una mano rolliza de uñas rectangulares y mates, una mano rolliza y masculina. «Y no te olvides de mí», añade Filippo, pero enseguida cambia de tema, tal vez porque se ha emocionado, y Anita deja caer su mano. Se marchará hoy mismo, esta noche, tal vez ni siquiera le dé un beso. En su habitación cerrarán las contraventanas y cubrirán los muebles con sábanas blancas.

—¿Cómo lo prefieres, Grazia, con leche o con limón?

Llueve a cántaros en el desolado jardín. El reloj de péndulo da las cinco en la oscuridad. Anita toma el té con su amiga Grazia.

—¿Lo entiendes, Anita? Para mí habría sido bonito enamorarme de él, pero no podía, ¿sabes?, no podía...

Anita se quema la lengua con el té hirviendo. Le arranca pétalos a los crisantemos marchitos que están en el jarrón de cristal del centro de mesa.

—Qué triste es este septiembre... Grazia, ¿tú has hecho todos los deberes de vacaciones?

—¿Deberes de vacaciones? No los he hecho, ¿qué me importa a mí eso? La vieja se pondrá hecha una furia, pero ¿qué me importa a mí?—Así es Grazia: la vieja no le importa lo más mínimo. Ni siquiera cuando esa misma vieja, la profesora de italiano, escriba una equis azul, de falta, bajo su nombre—. ¡Tengo cosas más importantes en las que pensar! Como te estaba diciendo, aquella noche, en la terraza...

Anita la escucha con una sensación de hastío. Grazia, su amiga Grazia, de vez en cuando le resulta tan ajena como una desconocida. Aquellos tres meses de verano han roto la armonía de su amistad. Grazia..., un hombre enamorado de Grazia...; de ella, de Anita, nadie se ha enamorado nunca. Se sacude ese pensamiento con furia. Se pone en pie tan de improviso que Grazia se sobresalta.

—¿Quieres ver a mi hermanita?

En el cuarto de juegos la nodriza cose sentada en el vano de la ventana y la pequeña Paola la mira con ojos como platos desde el taburete que está a sus pies.

—Y entonces el reyezuelo partió la tercera nuez y salieron las carrozas y los caballos...— Anita y Grazia se tumban sobre la alfombra, entre los juguetes desordenados. En mitad del silencio, la voz ronca de la nodriza contando el cuento tiene un tono grave y solemne. La pequeña está tan emocionada que aguanta la respiración—. Y así empezó a correr hacia el castillo del ogro...

La habitación es bonita y agradable: las cortinas cuelgan lisas junto a las ventanas, las paredes blancas y sobre las paredes los estampados ingleses, todos iguales, con niñas rubias regordetas y perros peludos con grandes hocicos amables. La nodriza está sentada en el vano de la ventana con su delantal a cuadros y el perfil de la niña tiene un aire absorto. Anita se siente de pronto tranquila y sencilla: puede que el mundo no sea así, puede que haya sufrimiento e inmundicia, pero todas

esas cosas quedan ahora lejos, muy lejos; el castillo del ogro está muy lejos.

Ha parado de llover. Anita y Grazia salen a la terraza y se asoman al jardín mojado: les llega un aroma vivo y denso de hojas podridas, de tierra, de fruta empapada. Hasta Paola corre afuera: el cuento ha terminado y el reyezuelo se ha casado con su hermosa reinona y todo ha acabado bien. Anita corre al encuentro de su hermanita, la coge en brazos y la besa: qué pequeña es y qué caliente está, qué frescas tiene las manos, es una lástima que chille y se ría y trate de zafarse de ella.

—Me gustaría tener una hija—dice Grazia en voz baja—. ¿Te acuerdas de cuando hablábamos aquí de esas cosas? ¡Qué miedo nos daban! Y sin embargo es algo simple y natural.

Sonríen sin mirarse. Se han hecho mayores de verdad, pueden hablar de su pasado con desprecio y aflicción, igual que los adultos. Y también las envuelve una melancolía semejante, cálida y vaporosa: no saben si hablar o callarse, sienten que se desata en su corazón un brote de pensamientos confusos y reprimidos. Anita contempla el campo de tenis al fondo del jardín, está desierto y silencioso, la pista es de color parduzco a causa de la lluvia y le parece estar viendo a Filippo con sus pantalones cortos de franela blanca y la raqueta, le parece estar oyendo su voz alegre en las mañanas luminosas.

—Qué septiembre tan triste...

Pero Anita sabe que con el verano y las vacaciones ha acabado también algo importante y que algo importante empieza de nuevo mañana con las clases. Tal vez Grazia podría entenderlo..., pero no sabe cómo explicárselo. Callan las dos, las cabezas cerca la una de la otra. Sin duda es muy triste que hasta eso tenga que tener un final, este momento de complicidad, de silencio compartido. Ambas saben que terminará y que ya no volverá nunca, por eso no quieren separarse aún. Frente a ellas sólo se extiende una certeza: el colegio, el invierno. Todo lo demás es palpitante, intangible, incierto. ¡Cuántas cosas pasan en un año! Es imposible no sentir miedo a enfrentarse a él, sabiendo que hay que recorrerlo en toda su extensión. Pero Grazia dice:

—Tengo que irme a casa.

Y Anita la acompaña a la puerta y contempla cómo se aleja desde el umbral:

—Hasta mañana.

Después de cenar Filippo llama a Anita y la agarra del brazo:

—Acompáñame al jardín a hacer una cosa antes de irme...

En el jardín los árboles inmóviles parecen custodiar la noche. El aire nocturno, húmedo y puro, se puede respirar. Anita piensa: «Ésta es la última vez que camino así con él». Él la estrecha con el brazo para que camine muy cerca, le habla y ella trata de escuchar.

—Querida, tienes que estudiar y portarte muy bien con mamá. Escríbeme de vez en cuando. Y cuéntame todo, todo, siempre.

Su voz, su voz. Qué triste va a ser el invierno, la casa sin la voz tranquila y tierna de Filippo. Sólo sus manos saben acariciar así.

—Filippo, Filippo. —Y de pronto ella siente que tiene ganas de llorar, que tiene en el corazón un pensamiento inquieto y tonto—. No te vayas, no te vayas—dice, y se abraza a él.

Ya sabe que no sirve de nada, que es absurdo, que las maletas ya están cerradas en el pasillo. Filippo se inclina para besarla y le toma la cara entre las manos. La casa, iluminada y bulliciosa, queda lejos. Están solos en medio del jardín oscuro. Se besan. Qué terrible que algo así haya sucedido entre ellos, dos hermanos. De pronto Anita siente miedo de sí misma, de él: de él que la

está besando como un amante.

—Es bonito quererse tanto—dice ella, pero sabe de sobra que no es bonito, que es demasiado, que no conviene quererse de ese modo. La infancia de los dos parece clara, lejana—. Tenemos que volver—añade de golpe, reprimiendo una última palabra desconsolada, aferrándose a él y caminando hacia la entrada, donde la luz está encendida. Cuando pasan los árboles, ya bajo la luz, Anita se vuelve para contemplar el rostro de su hermano: le descubre un gesto serio, sereno, como si no hubiese sucedido nada entre ellos. Tal vez sea cierto que no ha sucedido nada. Entran en casa.

Anita se desnuda en su habitación, iluminada por una única lamparita rosada en la mesilla de noche. En la cama está extendido el camisón blanco. En las estanterías hay libros, novelas en las que las muchachas son distintas a ella. La ropa cae a sus pies y ella la deja arrugada en el suelo. (Mañana por la mañana su madre la recogerá con gesto severo). Se mete en la cama: le estremece el primer contacto con las sábanas, todavía frías, ajenas. Apaga la luz. En medio de la oscuridad los pensamientos de todas las noches ya no parecen ni alegres ni tristes. Un hombre, un hombre que se parece a Filippo, surge en medio de la oscuridad y se inclina sobre su rostro. Oh, nadie la había besado así nunca. Pero Filippo se ha marchado. Ella cierra los ojos y se entrega al sueño con un breve suspiro.



## REGRESO

Sandra, una niña de nueve años, vestida con un abrigo marinero estrechísimo y corto con los botones colgando y a punto de soltarse, está sentada en un compartimento de segunda clase, las manos entre las rodillas, junto a la ventanilla. Le intimida y le alegra viajar sola. Contempla prados y más prados cargados de manzanas, casas con pajares y mazorcas de maíz que cuelgan de los balcones, ríos tranquilos de color gris que el tren atraviesa sobre puentes de hierro, montañas parduscas manchadas de bosques y pequeños pueblos encaramados. Va diciendo adiós a todas esas cosas.

Ha pasado el verano en la sierra con una tía porque ese año no había dinero y el resto de la familia se ha tenido que quedar en la ciudad. La tía tiene un hijo de su edad, Nuccio, y se han divertido muchísimo juntos. La casa estaba pintada de azul, ni la lluvia la podía decolorar. Por dentro era toda de madera y había unos cuadros muy graciosos de caballos y ovejas. Las camas eran altas y grandes y en el colchón se sentía la paja. Había unos orinales muy muy pequeños, moteados de verde. Paseaban por el bosque y encontraban piñas, arándanos, hormigueros y familias enteras de hongos grises tan venenosos que no se podían ni tocar. Cada mañana bajaban al pueblo con la tía para hacer la compra y lo metían todo en un capacho que luego llevaban por turnos. Conocían a los campesinos, sabían los nombres de todos, y entre ellos se burlaban de uno o de otro. En el taller del zapatero había una ardilla que no paraba de trepar arriba y abajo en su jaula y roía una pera sosteniéndola entre las patas... Se le acelera el corazón sólo de pensar que va a volver a ver a su madre y a sus hermanos y se va a sentar con ellos a cenar, que la sentarán por turnos en las rodillas de todos mientras ella va hilando el relato. «En casa de la tía había una cocinera que tenía papada, era muy tonta y no entendía nada. Una vez preparó un postre de crema pastelera y ciruelas... La tía quiso ver todos mis vestidos. “Qué bonito este género”, dijo, y se lo acercó a la nariz como para olerlo. Por la mañana se daba un baño de sol echada en el balcón con la espalda y las piernas desnudas y si pasaba alguien decía “Ay, Dios mío” y se tapaba rápidamente con la toalla. El tío vino sólo una vez y nos llevó a dar un paseo a mí y a Nuccio, y luego por la noche se peleó con la tía. “Vete a freír espárragos”, oí que le decía...». Hablará así y todos la escucharán y reirán una y otra vez repitiendo sus palabras. Luego la madre y la hermana la desnudarán quitándole una media cada una... y ella aguantará la risa provocada por la felicidad.

La ciudad no queda lejos y ya se ven los tejados y las chimeneas... El tren ya ha entrado en la ciudad y ahí están las calles polvorientas y los vagones verdes del tranvía y los toldos color tabaco de las tiendas. A la estación ha ido a buscarla Dario, el menor de sus hermanos, un muchacho de quince años rubio y delgado, con las rodillas rojas y desnudas. Con él viene un

amigo al que Sandra no ha visto nunca. Dario la acompaña hasta la puerta de casa, le devuelve la maleta y le dice: «Bueno, hasta luego». Ella sube las pocas escaleras tirando de la maleta con las dos manos y llama al timbre. Reconoce a través del cristal las palmas del recibidor.

—¡Es la niña!—exclama la madre al abrir la puerta. Le quita la boina y la besa en el pelo y en la cara.

—¿Quién es?—pregunta el padre desde el estudio, y se asoma a la puerta con aire sospechoso.

—Es la niña.

En la habitación la madre echa un poco de agua en la palangana y la peina, luego saca los vestidos de la maleta.

—La tía te manda saludos—dice Sandra lavándose las manos—, dice que a lo mejor viene a verte dentro de dos o tres meses. La casa estaba pintada de azul..., no había platos hondos y teníamos que tomar la sopa en tazas... A veces la tía le ponía pezuñas, se las vendía una campesina que vivía cerca, muy simpática, se llama Concetta. Tiene diez hijos...

—¿En serio?—pregunta la madre con indiferencia mientras le pone el delantal—. Vamos, arriba.

Se sube en una silla y coge de encima del armario la lata negra de los colores. En el jardín, sentada en la palangana vacía, mira a su alrededor y tiene la sensación de no haberse marchado nunca. Reconoce uno a uno todos los árboles, el almendro y el cerezo y el avellano y la grava y la fachada de la casa y las persianas cubiertas de polvo de la galería, se maravilla de haber olvidado que en el patio delantero hay una estera de hierro, que hay un rosal que trepa hasta la ventana de la habitación de sus padres, que la portera tiene un gato gris que salta siempre hasta el muro y desde el muro al jardín. En su recuerdo el jardín era a veces grande, muy grande, y otras tan pequeño que las personas apenas podían moverse... Escupe en el pincel y rasca los tubos de las témperas, secos y rotos, hace unos cuantos garabatos desvaídos en un papel y ya está, dice, ésta es una niña con un aro y éstas son dos gemelas... De pronto se oye un grito y a continuación un portazo. Puede que no sea nada, puede que haya ocurrido en otra casa, pero le ha parecido reconocer la voz de su padre. Ya no tiene más ganas de pintar. Se hace de noche, empieza a hacer frío y nadie la viene a llamar, pasará la noche en el jardín, sentada en la palangana.

Se abre la puerta de la galería con un largo lamento. Es su hermano Ruggero. «Ven, anda», le dice. La agarra del cuello y la empuja hacia la casa.

«¿Te lo has pasado bien?—le pregunta en la galería, y ella le responde que sí—. ¿Tienes las manos limpias?», añade con aire triste, la voz baja y distante. En el comedor Dario ya está sentado en su sitio y lee el periódico mientras come pan. En la habitación de al lado se oyen voces y un llanto... Es su hermana Silvia la que llora.

—Tú te has creído que soy tonto—dice el padre.

—No es verdad..., no es verdad...

—Si os ha visto mamá. Es inútil que lo sigas negando. Os ha visto. No eres más que una mentirosa. Pero ya me encargo yo de que se acabe esta historia.

La criada pone la sopera en la mesa y espera con la mirada fija en el suelo. Silvia llora, solloza... Se oye al padre caminando de un lado al otro de la habitación. Luego, de pronto, un grito:

—Yo soy libre..., ¡libre!

—¡Libre! Pero a ese desgraciado tuyo le voy a partir la cara de un puñetazo. ¡No lo verás más!

El padre y la madre entran y se sientan a la mesa, desdoblán las servilletas, sirven la sopa. En la habitación de al lado Silvia solloza, y de pronto la oyen golpear la pared y gritar «¡Cobardes, cobardes!». El padre se inclina hacia la madre y dice en voz baja:

—Se ha vuelto loca.

Ruggero se pone en pie, pálido, con el gesto torcido como si estuviese al borde del llanto.

—Por tu culpa se ha vuelto loca... Por tu culpa. —Deja caer la silla hacia atrás y se va de la habitación.

—¡Estupendo, la has roto, la has roto!—grita el padre—. Es lo único que saben hacer. ¡Perros! ¡Un puñado de perros gruñones, eso es lo que son!

La madre toma una uva y escupe la piel en el plato. En cada uno de sus gestos hay tristeza y temor. Lleva una blusa de gasa que le deja a la vista el cuello blanco y delgado, las gafas sobre el escote. Sandra se da cuenta entonces de que están todos delgados y pálidos, seguramente porque han pasado el verano entero en la ciudad. El agua que beben está tibia, y el pan es blando y blanco, distinto del que comía ella en la sierra. Los vasos y los cubiertos relucen, y la sala, con la alfombra, las cortinas y la pantalla de seda con flecos largos de la lámpara, le parece hermosa y rica, propia de un palacio real. Al comer la fruta le viene a la memoria aquella noche en casa de la tía en que hubo un postre de crema pastelera con ciruelas. Aquella noche casi se mueren de la risa porque aquel engrudo estaba muy lejos de estar bueno, pero ahora le parece una tontería haberse reído tanto. Vuelve a ver las caras alegres de Nuccio y de la tía y le parecen estúpidas e ingenuas, le parecen estúpidas las bromas que hacía con ellos y siente vergüenza. Después de la cena la madre la lleva a la cama y la ayuda a desvestirse. «Vamos, levanta los brazos—dice desabrochándole el pequeño sujetador. Dobla el vestido y sacude la tierra de las sandalias—. Buenas noches, guapa», y Sandra la besa en la mejilla caliente. Apaga la luz y Sandra se queda sola. Dentro de poco vendrá la criada, que duerme con ella. Escucha cómo la hermana llora en la habitación de al lado. El padre camina de un lado al otro del estudio mientras grita: «¡Bonitos consuelos nos dan! ¡Perros! Eso es lo que son y no otra cosa. No tiene sentido que les defiendas...».

Su habitación da al patio, y ella escucha el relincho de un caballo, luego a alguien que tira un cubo de agua, luego una ventana que se cierra. Todo queda en silencio, pero la criada sigue sin llegar. Quién sabe por qué se pone a pensar en el patio, se le ocurre que el caballo se podría encabritar y los carreteros liarse a puñetazos... Y piensa también en un mendigo al que ve siempre en la puerta de la iglesia, un viejo con unos largos bigotes sucios que murmura palabras siempre incomprensibles. Le asalta el miedo y piensa en cosas terribles, en ladrones, y trata de imaginar a dos o tres guardias patrullando en la calle. Trata de pensar en mañana, en el jardín soleado. Asoma la cabeza por encima de la barandilla de la cama y busca sus juguetes con la mirada; están ahí, amontonados en la oscuridad: una muñeca, un aro, los libros con las hojas arrancadas, una bomba de bicicleta. Pero de nuevo vuelve a aparecer frente a ella el mendigo.

Entra la criada y enciende la luz. Sandra finge dormir y respira profundamente. Durante un instante abre los ojos y ve a la criada de pie quitándose el sujetador, ve sus piernas y las bragas hinchadas como globos.

En la oscuridad, experimenta una intensa felicidad al no sentir más el miedo. Esconde la cabeza bajo las sábanas y cuenta, no sabe muy bien a quién: «Mi primo Nuccio y yo hacíamos unas barcas con corteza de árbol... He aprendido a hacerlas fenomenal... En el prado de detrás de la casa había un pantano con ranas y renacuajos... Dimos un paseo muy largo y Nuccio me prestó

sus calcetines gruesos... La casa era azul...».

Cierra los ojos y ve la casa, el balcón, las montañas. Todo, Nuccio, el bosque, el pantano, la ardilla del taller del zapatero, hasta la cocinera con la papada, todo despierta en su corazón el cariño y la nostalgia.

## EL MARISCAL

Aquel día había invitados y tomaban el helado en los platos buenos con forma de hojas de fresa. El tío Giovanni contaba algo, una historia larga que había empezado al comienzo de la comida pero que no debían escuchar los niños. «Y por eso me llamaron para que fuera a ver al mariscal», dijo al fin.

Debía de ser una historia graciosa porque todos se rieron y la abuela casi se ahoga y tuvo que echarse hacia atrás en la silla. Los niños pidieron permiso para coger la fruta y llevársela afuera y ella indicó con un gesto que podían marcharse sin escucharlos siquiera, sin parar de reír y toser. Cada uno de los niños cogió un puñado de cerezas antes de salir corriendo. Estaban cruzando el jardín a la carrera cuando llegó Memi, el hijo de la portera, un muchachito delgado, con la cabeza rapada, y a continuación fueron todos al «sitio de siempre». El sitio en cuestión era el lagar, al que se entraba por el jardín, a través de una ventana. Había allí un viejo sofá con los muelles rotos y aparejos de jardinería en una de las esquinas.

Silvio se puso de pie en el sofá muy excitado y empezó a dar grandes saltos gritando «¡El mariscal!», porque aquella palabra le gustaba mucho. También su hermana Nennella, que lo imitaba en todo, se puso a dar saltos y a gritar, y al poco rato ya estaban los cuatro niños bailando encima del sofá y repitiendo: «¡El mariscal! ¡El mariscal!». «¡Sal, mariscal!», gritó Paolo agotado, dejándose caer sobre la barriga. Y entonces sucedió algo extraordinario: un mariscal trepó hasta la ventana y se sentó en un baúl que había al fondo del lagar.

Era alto, delgado y encorvado, tenía la cabeza calva y roja y dos largas patillas de un rubio casi blanco. Lo más imponente de su presencia era aquel traje de un bellissimo color azul muy vivo con dos hileras de botones brillantes.

—La próxima vez que venga traeré mi oso de peluche—dijo secándose con un pañuelo el sudor que le cubría toda la cabeza—. Lo habría traído hoy, pero no estaba seguro de cómo lo acogeríais. Tal vez hasta os daba miedo.

—¿Cómo nos va a dar miedo un oso de peluche?—preguntó Silvio, el menos tímido.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso un oso de peluche es peor que los demás osos?—repuso el mariscal—. Yo os aseguro, y creo que podéis confiar en mi palabra, que mi amigo es una bestia de una raza inmejorable. Su pelo es algo extraordinario..., como la seda—añadió en confidencia.

—Como la seda—repitieron los niños con los ojos como platos—. ¿Es negro o blanco?

—¡Negro!—respondió el mariscal con aire escandalizado—. Negro, negro. Tan negro que no lo podríais distinguir en plena noche, pero le brillan los ojos.

—Yo pensaba que sólo los gatos tenían ojos fosforescentes—intervino Nennella, una niña muy estudiosa.

—Los osos también—aseguró el mariscal—, los osos también. Pero hablemos de otra cosa... ¿No tenéis algún tema más interesante?

—¿Algún tema? No—murmuraron los niños asustados.

—Bueno, no importa. ¿Qué tenéis ahí? ¿Cerezas? Me gustan. ¿Cómo es que no me habéis ofrecido? Sois unos chicos muy maleducados—dijo metiéndose en la boca un puñado entero—. Malísimas. —Escupió—. Realmente una porquería. A los árboles de mi huerto se les caería la cara de vergüenza si dieran unas cerezas así. Son unos árboles ejemplares. Los he plantado con mis propias manos uno a uno, los he visto crecer y para mí son como mis hijos. Cuando vuelvo a casa susurran dulcemente, como para darme la bienvenida. Yo entro y ellos susurran, susurran dulcemente. Y sin embargo por mi criada no sienten la misma simpatía. Es una mujer un poco arisca, pero no mala. Es verdad que no le haría mucha gracia saber que estoy aquí.

—¿Y por qué?—preguntaron los niños.

—Porque no puede soportar a los niños. Ella es así. Refunfuña todo el rato, pero me quiere mucho y prepara unas sopas deliciosas. ¡Qué sopas más ricas..., mmm!—El mariscal chasqueó la lengua—. Y además se le da muy bien hacerse cargo del barco. Todas las mañanas lo limpia y lo acicala.

—¿Tienes un barco?—preguntó Silvio con mucho interés.

—¡Un barco! ¿Y por qué no habría de tener un barco?—respondió el mariscal indignado—. Por supuesto que lo tengo. Y es el barco más bonito que se haya visto jamás. Un barco maravilloso.

—¿Y navega por el mar?

El mariscal dio un profundo suspiro y se le puso una cara muy triste.

—Qué bonito era—dijo—. Yo navegaba por el mar con mi barco y conmigo iban todos mis hombres, yo les dirigía. En todo el mar no había un barco como el nuestro, y cuando sacábamos las velas..., parecía que íbamos volando cuando sacábamos las velas.

—¿Y tus hombres? ¿Dónde están?

—Muertos—contestó el mariscal con un temblor en la voz—, muertos. Se los comieron los peces. ¡Ésos sí que eran hombres de verdad! ¡Y ésa sí que era vida! Mis enemigos han acabado conmigo, me han quitado todo lo que tenía. Todo ha acabado ya, mis hombres están muertos y el barco ha quedado inservible, lo tengo guardado en el estanque que hay junto a mi casa.

Se quedó callado, se puso en pie con la cabeza gacha y los niños se dieron cuenta de que estaba llorando. Era triste ver llorar al mariscal, y los niños, que no sabían qué hacer, lo rodearon en silencio.

—Pero no importa, me vengaré—dijo de pronto el mariscal—. Me vengaré de todos los que me han hecho daño. Y vosotros me ayudaréis, ¿verdad que me ayudaréis?

—¡Te ayudaremos! ¡Te ayudaremos y nos vengaremos! ¡Venganza, venganza!—gritaron los niños a coro, entusiasmados, dando grandes saltos en el sofá.

El mariscal regresó muy a menudo. Es más, adquirió la costumbre de ir todos los días, algo que llenaba de alegría a los niños, que le profesaban una gran admiración y cariño. Disfrutaban del espectáculo de aquellos botones, de aquellas hermosas y largas patillas, y le ofrecían encantados su merienda, que él devoraba en un santiamén. Luego decía: «Qué malo estaba, una porquería», y hasta eso les encantaba. A los adultos no les gustaba que pasaran el día en aquel lagar polvoriento cuando afuera hacía un sol espléndido, y decían: «Quién sabe qué estaréis

tramando ahí adentro», pero ellos, en cuanto podían, corrían a toda prisa al lagar, y el mariscal no tardaba en aparecer. Qué hermosas horas pasaban allí todos juntos. Él se sentaba, se secaba el sudor de la frente y decía: «Qué pena, hoy no me he traído a mi oso».

—Ya, ¿y por qué no lo has traído?—preguntó Memi con un aire insolente que lo hacía un poco antipático.

—Mi pobre amigo se ha quedado muy disgustado de no venir—suspiró el mariscal—, se aburre mucho sin mí. Pero ¿qué puedo hacer yo? Se cansaría con un viaje tan largo.

—¿Nunca se pone malo?—preguntaron los niños.

—Sin duda, mi querido amigo se pone malo de vez en cuando—respondió el mariscal—y hasta tengo que darle sus medicinas. Me mira con esos ojos suyos como si suplicara, pero yo tengo que darle la medicina para que se ponga bueno.

—¿Y qué come?

—De todo, de todo. Voy a cazar al bosque y le traigo una liebre, un tordo, cualquier cosa, se lo llevo y él se lo come.

—¡Pero si es de peluche!—exclamó Memi.

El mariscal lo miró con compasión.

—A los niños como tú habría que cortarles la lengua—dijo—. Una mañana te despertarías y querías pedir el desayuno pero no podrías porque te la habrían cortado.

—Mi papá va a cazar de vez en cuando—intervino Paolo—. ¿A ti también te gusta ir a cazar?

—Es mi pasatiempo favorito. Me meto en el bosque..., tendríais que ver mi bosque, no se puede imaginar un bosque más grande, y los árboles son verdes y altísimos, mucho más verdes y más altos que los árboles que hay aquí. ¡Ésos sí que son árboles!

—¿Y hay fresas?

—Mi bosque está lleno de fresas—aseguró el mariscal—. ¿Cómo se puede pensar siquiera que no haya fresas? Son unas fresas deliciosas, increíblemente dulces. Ya las probaréis si me venís a visitar.

—¡Nos tienes que llevar un día!—exclamaron los niños.

—Claro que sí, pero si hay algo que no puedo soportar son los niños impacientes. Claro que vendréis, sencillamente os quedaréis dormidos y os despertaréis allí. Aunque también se puede ir de otro modo.

—¿Cómo?

—Volando—respondió el mariscal, misterioso—. Os agarráis al borde de mi gabán y a volar.

—¡Qué bonito tiene que ser! ¡Vamos ahora, rápido!—gritaron los niños.

—Pero es peligroso—advirtió el mariscal con gesto muy serio—, es muy peligroso. Podría sorprendernos un huracán. ¿Y entonces qué? El aire te golpea por aquí y por allá, te da vueltas la cabeza, uno no entiende nada. Hay un estruendo que da mucho miedo y, por si fuera poco, de vez en cuando te tragas una nube. Hay nubes deliciosas, pero otras son horriblemente saladas.

—A lo mejor es porque vienen del mar—sugirió Nennella.

—Exacto. Pero luego es muy bonito cuando se llega. No os podéis imaginar lo bonito que es. No como aquí. Para empezar, aquí huele mal.

—Pero el resto de la casa no es como este lagar—se apresuraron a decir los niños.

—No será toda así, pero más o menos—repuso el mariscal con seguridad—, y en cualquier caso allí es mil veces mejor, ya lo veréis. Mi criada os cocinará algún plato rico. ¡Pero no es

verdad!—gritó de pronto agarrándose la cabeza con las manos—. ¡Nada de lo que os he dicho es verdad! ¡Os he mentido! ¡No tengo casa, ni criada, ni bosque, ni barco! Mis enemigos lo han destruido todo, ¡todo!

—¡Nos vengaremos!—gritaron los niños con furor—. ¡Venganza, venganza!

Adoraban a su querido y viejo mariscal. No había juego que no les dejara indiferentes: sólo querían charlar con su viejo amigo. Pero aquello era demasiado hermoso, no podía durar mucho tiempo. Un día fueron a lo de Nina, la criada, para pedirle la merienda. Nina les caía muy bien. Era guapa y morena, con el rostro colorado, llevaba unos graciosos delantales bordados y les quería mucho. Fueron a verla y le pidieron la merienda, así que Nina cogió unos albaricoques del frutero.

—Que sean muy buenos porque se los va a comer el mariscal.

—¿El mariscal?—preguntó Nina sorprendida.

—¡Claro, el mariscal!—respondieron los niños entornando los ojos y riendo. Hacía tiempo que ansiaban contárselo a alguien y Nina era muy simpática—. ¡El mariscal! ¿Qué tiene de raro? ¡El mariscal!—dijeron todos a la vez, riendo excitados.

—¡Anda que no tenéis historias en la cabeza!—contestó Nina metiendo de nuevo el frutero en la despensa. En ese momento entró la abuela.

—¿Qué dicen?—quiso saber.

—Que tienen un mariscal—explicó Nina.

—¿Cómo que un mariscal?

—Se inventan unas historias de lo más graciosas—repuso Nina—. ¡Ahora vienen con un mariscal! Estos niños...

Los niños salieron al jardín con aquellos albaricoques jaspeados de rosa en las manos. Ya no reían y se sentían oprimidos por una sensación de melancolía. Bajaron al lagar y se sentaron en el sofá en silencio. Esperaron. Se hizo de noche. Memi cogió un albaricoque y lo olió.

—Nos los podríamos comer—sugirió.

—Ya no volverá—dijo Silvio—, no volverá nunca más. Qué tonta Nennella por decirlo. Ya no jugará más con nosotros.

—Pero Memi dijo que lo podíamos contar. —Nennella sentía unas ganas tremendas de llorar.

—Memi es un tonto, no hay que creerle. Mamá dice que no deberíamos jugar con él porque a lo mejor tiene piojos.

—Sois vosotros los que tenéis piojos—repuso Memi—, a mí me da igual jugar con vosotros, puedo ir a la plaza a jugar con los mayores. Juegan a las canicas y al rey de oros, me lo paso en grande.

—Pues no verás más al mariscal—advirtió Nennella.

—Qué me importa a mí el mariscal—dijo con una risa burlona—. El mariscal ya no está.

—¿No está? ¿Cómo que no está?—preguntó Silvio agarrándole de la camiseta.

—No está, no existe—sentenció Memi.

Silvio y Paolo se abalanzaron sobre él y lo tiraron al suelo, pero él consiguió zafarse y escapó por el jardín.

—¡No está! ¡No está!—gritó corriendo hacia la cancela—. ¡No existe! ¡Es un invento!

Los otros le persiguieron con desesperación. De pronto se volvió y les tiró una piedra. Ellos cogieron dos, tres piedras, y se las tiraron de vuelta.



—¡Os vais a hacer daño así!—gritó Nina, la criada, que en ese momento había salido a tender la ropa en el prado.

Al final se enteró todo el mundo y se regañó y castigó a los niños. Luego se cerró el lagar para que no pudieran entrar más en él.

## EL PASO DE LOS ALEMANES POR ERRA

El 10 de septiembre un automóvil se detuvo en la plaza que queda frente al ayuntamiento de Erra. Era un coche pequeño, descapotable, de color amarillo con una larga y polvorienta rama de olivo colgando a un lado. Del coche salieron tres hombres con uniformes beige, sacaron un librito rojo y se pusieron a hojearlo.

Eran las cuatro de la tarde. Dos días antes había llegado de improviso la noticia del armisticio. Al principio nadie lo creyó. Por si fuera poco, aquel día había mercado y la calle polvorienta y sin árboles que bajaba hacia la ciudad estaba a rebosar. A ambos lados de la calle y en la plaza había cestas de higos, gallinas y cerdos, y las paradas de los traperos con las grandes camisas rosas y las medias mecidas por el viento. Entre los chillidos de los cerdos y el sonido de los caramillos, corrió de pronto la noticia de que la guerra había terminado. Y era verdad, lo habían dicho en la radio. La gente empezó a abrazarse sin parar y luego fueron a la taberna, donde cantaron toda la noche. Spondò, el zapatero de Borgo San Giacomo, que era un rojo y por esa razón se había llevado más de una paliza de joven, incluso había tenido que exiliarse en las islas, parecía enloquecido de alegría. Iba de arriba abajo en bicicleta por todo el pueblo, parando a todo el mundo para decirles: «¡Spondò ha ganado la guerra!».

El día 9 nadie tenía la menor idea de lo que había ocurrido. En Erra se cortó la corriente eléctrica y la radio permaneció en silencio. El 10 llegó el automóvil amarillo y los tres hombres de uniforme. Era la misma plaza en la que se hacía el mercado y en la que los lugareños habían cantado y bailado al enterarse de la noticia del armisticio. La misma plaza en la que la noche del 26 de julio habían sacado todos los expedientes fascistas y habían meado encima en señal de desprecio.

Cuando llegaron los hombres de uniforme beige, corrió por todo el pueblo la noticia de que se trataba de soldados extranjeros y que hablaban entre ellos en una lengua que nadie entendía. La gente pensó que eran ingleses y salieron a mirar, pero Secondina dijo: «¡Son alemanes!». Secondina era la mujer de Bissecolo, que de joven había pasado cinco años en Alemania y hablaba alemán con los soldados. «¡Huid!, ¡son alemanes!», les instó Secondina.

Entonces todo el mundo echó a correr. Como no sabían adónde huir, bajaron corriendo por el sendero que llevaba a los campos. Las mujeres cargaban a los niños en brazos y lloraban a mares. «¿Qué vamos a hacer ahora?—se lamentaban—. Nos van a matar con las criaturas». Las que tenían a los niños en el colegio de monjas esperaron cerca del campanario del convento para recoger cada una al suyo y llevárselos por el sendero que iba hacia los campos. Al poco rato el pueblo estaba en silencio y completamente vacío, sólo se oía de cuando en cuando la campana del convento.

Los hombres de uniforme no parecían muy asombrados. No dijeron nada. En la plaza sólo había quedado Bissecolo, porque hablaba alemán y no le tenía miedo a los alemanes. Ahí estaba, frente a ellos, con su traje de pana verde, contándoles que de joven había vivido cinco años en Alemania. De pronto los hombres le preguntaron por el sargento de carabinieri.

Pero el sargento ya había sido alertado y había salido del cuartel para ir al encuentro de los soldados en la plaza. Era un joven alto, de rostro aceitunado, con el pelo negro repeinado, algo patizambo. Uno de los tres soldados se acercó para hablar con él y los otros permanecieron con Bissecolo frente al coche.

El alemán preguntó: «¿Para Ascoli Piceno?». Era joven, tenía el rostro sonrosado y el pelo castaño rizado. Los muslos gruesos y robustos se le dibujaban bajo la tela ligera de los pantalones. Llevaba un cinturón de cuero con una pistola prendida. El brigadier tenía la cara descompuesta. Sabía que tenía la frente empapada en sudor pero no se atrevía a secársela.

—Queremos ir a Ascoli Piceno—insistió el alemán—. ¿Puede decirnos si se va por esta carretera?

Tenía un tono de voz tranquilo, persuasorio y amable. El brigadier tragó saliva. Al fin se sacó el pañuelo del bolsillo—un pañuelo ribeteado de negro porque hacía poco había muerto su madre—y se secó muy despacio la frente, la barbilla y las manos.

—Nos han dicho que se puede ir por aquí. ¿No tiene un mapa topográfico?—preguntó el alemán. Hablaba italiano muy bien. Tenía los ojos verdes, las pestañas oscuras, muy largas y pobladas. Le olía el aliento a vino.

—Vengan al cuartel—respondió el brigadier.

Media hora después los alemanes se subieron de nuevo al coche y prosiguieron su camino en dirección a Montereale. Se llevaron con ellos el mapa topográfico del brigadier. Bissecolo les dio dos botellas de cerveza. Luego aseguró que le habían amenazado con una pistola, pero no era cierto, siempre había sido un mentiroso.

Cuando se marcharon los alemanes la gente empezó a regresar de los campos, volvieron las mujeres con los niños en brazos, y todos se reunieron en la plaza y en la tienda de Secondina para hablar de lo ocurrido. Bissecolo se había marchado con el carro a la ciudad y todos decían que lo había hecho por miedo a que le cayera una buena por haber hablado en alemán y haberles regalado las botellas. Secondina no tenía la culpa de tener un marido así, ella era la que más lo sufría con aquella cara de tísica, porque el marido le negaba hasta el pan pero al enemigo le regalaba la cerveza. Todos le preguntaban qué le habían dicho a Bissecolo los tres soldados y ella contó que le habían dicho que se retiraban hacia el norte de Italia por miedo a los estadounidenses. Que hubiesen dicho aquello no se lo creía nadie, pero Secondina insistía y juraba que eso era exactamente lo que habían dicho. Giuliano della Torretta dijo que tendrían que haberlos hecho prisioneros y que en vez de eso aquel mameluco del brigadier no sólo les había dejado marchar, sino que encima les había dado un mapa topográfico para que encontraran mejor la carretera.

A la mañana siguiente pasó otro vehículo alemán, un camión esta vez, en cuyo interior había seis o siete hombres con sus buenos fusiles. En la plaza estaban Giuliano della Torretta, el hermano del cura y Loretuccio el panadero. Pasó de largo levantando una gran polvareda, y cuando hubo desaparecido tras la curva los hombres se miraron los unos a los otros como idiotas, y Loretuccio se quitó la gorra y la tiró al suelo. Giuliano della Torretta exclamó: «¡No deberíamos haberlos dejado pasar! ¡Qué tontos hemos sido!». Fueron a coger una viga que había frente a la casa de Loretuccio y cerraron la calle con ella.

Al poco rato llegó otro camión y se detuvo frente a la viga. Dentro iban cinco alemanes. Loretuccio y Giuliano della Torretta estaban apoyados en el muro, pero el hermano del cura se fue con la excusa de que le dolía el estómago. Los alemanes gritaron algo en su lengua, pero Loretuccio y Giuliano della Torretta permanecieron inmóviles, fumando y mirando fijamente al suelo. Entonces uno de los soldados sacó la pistola y repitió a toda prisa las palabras que había dicho la primera vez, y al hablar se le hinchó todo el cuello. Loretuccio y Giuliano della Torretta quitaron la viga de la calle y el camión desapareció tras la curva.

Loretuccio y Giuliano della Torretta regresaron a casa. Giuliano della Torretta vivía solo, pero Loretuccio tenía siete hijos, siete hijos como siete pecados mortales, y la comida no les alcanzaba nunca. La cara de aquel alemán con la pistola se le grabó en la memoria; estaba vivo de milagro, la Virgen le había protegido.

A partir de entonces los vehículos empezaron a pasar sin que ya nadie pudiera contarlos, levantaban una gran polvareda y desaparecían tras la curva. Algunos llevaban una rama de olivo y la bandera de la cruz roja en el techo; otros eran largos y brillantes como peces; otros, pequeños y veteados de verde, pasaban como flechas. Nunca se habían visto tantos en Erra, y atropellaron a *Boschetto*, el perro de Attilio, que se pasó un día entero llorando. Algunos vehículos eran italianos, con Génova o Turín escrito detrás, pero en el interior iban soldados alemanes de uniforme apuntando con el fusil. Los lugareños ya no salían huyendo hacia los campos, pero observaban todo con la boca abierta desde las puertas de sus casas.

El 15 de septiembre llegó la noticia de que los alemanes habían ocupado la ciudad vecina. Habían requisado dos hoteles y el depósito de gasolina. Paseaban por aquella hermosa ciudad como si de su propia casa se tratara, y se sentaban a tomar helado y a beber vino.

El brigadier se quitó el uniforme y no parecía la misma persona; también los dos carabineros dejaron de llevar el uniforme y el fusil. Arielle, el carabinero más joven, tenía un gran parche en los pantalones y ya no daba miedo a nadie; las muchachas ya no le hacían caso, lo que le hacía retorcerse de rabia. Un día llegaron incluso los fascistas republicanos, pero éstos no daban miedo a nadie porque todos los conocían: uno era Vargas, que había sido alcalde de Erra, el otro hijo del farmacéutico de Montereale. Fueron a casa del veterinario, le quitaron las botas y le rompieron la radio en pedazos porque escuchaba las noticias de Londres. En Erra no había más radio que aquella, por lo que no se volvió a saber más de la guerra ni de ninguna otra cosa.

El 5 de octubre pasaron por Erra dos prisioneros ingleses. Uno era un negro. Venían de lo alto de las montañas y tenían las camisas hechas trizas, pero unos zapatos muy buenos y resistentes que se notaba que estaban hechos en Londres. Venían de la montaña, y en cuanto llegaron a la plaza todo el mundo corrió a darles la bienvenida como si fueran la salvación. Loretuccio se encargó de preguntarles cuándo iban a llegar sus compañeros, y todo el mundo se alegró de que aquellos dos prisioneros estuvieran en el pueblo. Mientras tanto, los camiones alemanes seguían cruzando el pueblo como flechas, lo que era un tormento que encogía el estómago, y el sonido de las bocinas rasgaba el aire para perderse luego tras la curva.

A los prisioneros los llevaron al cuartel y el brigadier tragó saliva y mandó llamar a Giuliano della Torretta. Giuliano della Torretta acudió con la gorra calada hasta las cejas y la pipa entre los dientes y el brigadier le preguntó dónde diablos podían esconder a aquellos dos. Giuliano della Torretta lo pensó un rato y luego le vino a la cabeza Nazarena, que vivía a las afueras del pueblo, en la orilla del río. El brigadier y él fueron hasta allí con los prisioneros. Nazarena era una vieja solterona con la cara quemada y tuerta de un ojo porque de pequeña se había caído en el fuego.

Costó un poco convencerla.

El 7 de octubre, dos días después de que llegaran los prisioneros, apareció un alemán en la taberna della Cagnaccetta. Era un sargento, se llamaba Otto Keller. Eso fue lo que dijo, hablaba un poco de italiano y antes de sentarse ya había contado que no tenía a nadie en el mundo porque toda su familia había muerto en el bombardeo de Colonia. Luego se puso a abrazar a Cagnaccetta y a llamarla «Mutti». Antes de que bebiera una gota quedó claro que estaba borracho; al parecer cuando llegó ya estaba hasta las orejas de vino, y la Cagnaccetta, que tenía una hija de catorce años, la escondió en el retrete y cerró la puerta con llave por miedo a que le hiciera una faena. El alemán era joven y gordo, tenía la cara redonda y blanca como la luna, y había bebido tanto vino que se puso a abrazar a la Cagnaccetta y a bailar en círculos con ella. La Cagnaccetta estaba aterrada, pero fingía reír mientras le daba golpecitos en la espalda al alemán sin quitar ojo de la puerta del retrete, con el pañuelo anudado en la cabeza. Aquella noche no había nadie en la taberna hasta que de pronto apareció por allí Antonino Trabanda, al que llevó el diablo. Entró y vio al alemán bailando alrededor de la mesa con la Cagnaccetta y cantando en su idioma. Cuando la Cagnaccetta vio a Antonino le indicó con los ojos que se marchara. Antonino bajó las escaleras a toda prisa y fue en busca de la escopeta de caza que había enterrado en el huerto por si algún día la necesitaba. Hacía mucho tiempo que tenía ganas de matar a un alemán, y pensaba en ello día y noche, con una obsesión que no le daba respiro. Regresó con el fusil y disparó de frente al alemán, que se desplomó en el suelo derramando la botella de vino. La Cagnaccetta se puso a gritar, y también la muchacha encerrada en el retrete se puso a gritar y a aporrear la puerta con los puños. Llegaron el brigadier, Bissecolo, el hermano del cura y Loretuccio, y se quedaron todos mirando al alemán sin saber qué hacer. La Cagnaccetta gritaba como el mismísimo diablo, y Antonino Trabanda se quedó en el sitio sosteniendo la escopeta hasta que de pronto le dio un estremecimiento y se le cayó de las manos.

Tres horas más tarde llegaron el coche de la policía, gris y brillante como una trucha, y dos motociclistas con ametralladoras. Del pueblo habían huido todos y estaban desperdigados por los campos, todos menos Giuliano della Torretta, que no se había ido a ninguna parte porque a él no le gustaba huir y no le tenía miedo a la muerte. Y así se quedó esperando a la muerte en la puerta de su casa con la gorra calada hasta las cejas y la pipa entre los dientes, y cuando llegó el oficial alemán y le agarró de la chaqueta, sacó una pistola y empezó a disparar. Por desgracia no le dio a ninguno y lo mataron allí mismo, bajo el umbral.

A Antonino Trabanda lo encontraron en la viña del cura; no había tenido tiempo de huir más lejos a causa del estremecimiento que le había quedado en el cuerpo. Al brigadier lo encontraron en la calle de Borgo San Giacomo junto a su hermana, que había escapado llevándose consigo la colcha de la cama. Así fue como la atraparon también a ella y la llevaron a la plaza.

En la plaza los mataron a todos, uno tras otro, a Antonino Trabanda y a Spondò, al brigadier y a la hermana del brigadier, a Loretuccio y al hermano del cura, y por equivocación mataron también a Bissecolo, a él, que hablaba tan bien alemán. Desde los campos los demás oían el ruido de los disparos y se sobresaltaban mirando la hierba, deseando no regresar a casa nunca más.

## DÍAS DE AVENTURAS

Y el hijo de perra me dice:

- Antes o después quiero ir al teatro.
- A mí también me gustaría—respondo yo.
- Pues vamos.
- ¿Con qué dinero?

Y nos ponemos a pensar hasta que se nos ocurre esa idea disparatada, que yo coja los zapatos de mi padre y los venda. Al principio digo que no, que no quiero, y discutimos un buen rato.

Mi padre guarda los zapatos bajo la cama. Tienen un dedo de polvo, pero al cepillarlos quedan tan lustrosos que casi parecen nuevos, se podrían vender perfectamente. Los envuelvo en papel de periódico y salgo corriendo a la calle, pero de pronto me doy de bruces con mi padre, que vuelve a casa y me dice: «¿Adónde vas con ese paquete?». Me lo arranca de las manos y parece que no va a terminar de pegarme nunca cuando descubre que le he cogido los zapatos de los domingos. Me pega hasta que llega mi madre, hasta que empieza a sangrarme la nariz y estoy completamente desorientado. «Ya es más que suficiente», dice ella, y me lleva a la fuente a lavarme, aunque también me regaña y me sacude agarrándome de la chaqueta delante de todos.

Voy al pedregal del río, donde sé que lo voy a encontrar.

—Hijo de perra—le digo—, eres un hijo de perra.

Está sentado en una piedra quitándole la corteza a una rama de sauce.

—Madre, ¡menuda zurra te han pegado! ¿Y los zapatos?

Le tiro un buen puñado de tierra y nos peleamos un rato. Querría hacerle sangrar la nariz, pero se escapa y acaba subiéndose a un árbol. Yo me subo al árbol de al lado. Se está bien en los árboles, es un descanso.

En verano se ve a las niñas que se bañan desnudas en el río. Están planas y tampoco da mucho placer mirarlas porque son niñas, pero siempre se les puede silbar o asustar o tirar alguna cosa.

—¿Sabes qué, Giovanni?—le digo—. Esta noche no voy a dormir en casa.

—Muy bien—contesta él—, vayamos a la casa incendiada.

La casa incendiada no tiene techo, sólo le queda una parte, pero los muros todavía se mantienen en pie y en el suelo ha crecido una hierba muy alta. Me tumbo en la hierba y me pongo hojas frescas en los moratones. Giovanni regresa con una manta y pan. Entra y sale como quiere de su casa porque sólo tiene a la abuela, que es vieja, y a un hermano mayor, y nadie le dice nada. Cuando no hace frío duerme siempre al raso. Echamos la manta en el suelo y comemos. También tenemos dos o tres castañas crudas. Sale la luna.

—Ojalá estuviera en el teatro—empieza—. ¿Has visto a la primera actriz, la joven? Una rubia muy guapa. Sale en el tercer acto vestida de rojo, con un ramo de rosas rojas, me lo ha contado mi hermano. Ya me sé la historia entera. Hace llorar. Imagínate si tuviésemos dinero, para cigarrillos y para todo.

—Se lo podríamos pedir a las niñas. Seguro que tienen. Vincenza tiene una hucha, pero su madre la guarda bajo llave. Dice que con ese dinero se va a comprar un vestido.

—¿Tú has hecho el amor con Vincenza?

—Sí, pero no tiene gracia porque son niñas. Pero si pudiese hacer el amor una vez con esa actriz del teatro, con la joven...

—Ya.

El agua del río está congelada por la mañana. Corre tan clara que se ven los guijarros.

—Si pudiese pescar una trucha...—dice.

—Pero cómo quieres pescar truchas si éste no es río de truchas.

—Ya lo sé. —Está morado del frío. Salta desnudo sobre las piedras, para calentarse.

—Si te vieses las niñas...

Nos ponemos los pantalones y vamos a esperar a las niñas al sendero. Vienen hablando entre ellas cogidas del brazo y hacen como si no nos vieran. Le arranco la cinta del pelo a Vincenza y salgo corriendo, ella me persigue gritando como un cerdo. Llevan mucha comida en las cestas pero no nos quieren dar nada. Estamos un rato peleando y discutiendo hasta que nos tiran un puñado de castañas. «Castañas tengo yo también—dice Giovanni—, roñosas».

Suenan las campanas de la escuela y las dejamos en paz. Hace ya tiempo que no voy a la escuela. Siempre había que escribir o que hacer cuentas o que aprender patrañas, y cuando llegaba Navidad o Año Nuevo te hablaban tanto de las fiestas que te las amargaban. Al principio la maestra se hacía la simpática con sonrisas y discursitos, pero luego de simpática no tenía nada. Y Giovanni blasfemó una vez. Se le cayó el tintero en los pantalones, el tintero entero. «Me cago en Dios», dijo, y a la maestra casi le da algo.

Me acuerdo de cómo blasfemó ese día, pero a él no le gusta pensar en eso. «Unos pantalones nuevos...—dice—. Ir a la escuela no va con nosotros, es cosa de niñas».

La hierba está gélida y cubierta de rocío, rodar por ella da más frío que meterse en el agua, pero donde da el sol está templada. El sol avanza poco a poco a lo largo del pedregal del río, va secando y calentando las piedras, y sólo el bosque está húmedo y oscuro. Doy una vuelta alrededor picoteando alguna fresa. Busco nuestros sedales, escondidos entre las vigas en el techo de la casa incendiada. Qué incendio más impresionante tuvo que ser para quemar toda la casa. Ahora ya no es siquiera una casa, con esas vigas y esos cuatro muros derruidos, pero aún queda la puerta. En una esquina hay un montón de frascos vacíos y apesta a meada de perro.

No están nuestros sedales. Nos los habrán robado las niñas, por despecho.

—Hay que zurrarlas pero bien, ¿sabes Lorenzo?—me dice.

—Claro.

Escupe y blasfema mientras le quita la corteza a una rama larga de sauce.

—En mi vida he visto a unas sinvergüenzas como éstas. Es perder el tiempo a lo tonto.

Nos sentamos a pescar en silencio con los pies en el agua. De pronto me dice:

—¿Por qué no vas a pedirle dinero a la señorita de la mansión?

—¿Cómo a pedirle?

—Para ir al teatro aunque sea una vez, tú la conoces.

—Tampoco la conozco tanto.

—Pues bien que has ido a llevarle los huevos.

—Una o dos veces, con mi madre.

—Tiene que ser bonito.

—Sí, hay alfombras y cuadros, como en la iglesia.

—¿Has visto el cuarto de baño? Yo lo he visto. He trepado desde el jardín. Es bonito. Ella estaba en la bañera.

—¿La has visto en la bañera?—le digo.

—Sí.

—No es verdad.

—No me creas.

—¿Y cómo era?

—Guapa—dice, y se rasca—. Toda blanca—añade, pero no puede ser verdad.

—Si fueses listo, ¿sabes lo que harías?—me dice—, te presentarías allí y le dirías cientos de cosas, que si esto que si lo otro, y le llevarías unas flores, y ella entendería de qué va la cosa y te llevaría a la cama. Y luego encima te daría todo el dinero que quisieras.

—Estás completamente loco—le digo.

—El loco eres tú, no sabes las ganas que tienen. Y muchas veces no tienen a nadie. Algunas hasta salen a buscar muchachos y les pagan. Y pagan bien, ¿sabes?

—¿Por qué no vas tú entonces?—pregunto.

—Porque tú eres mayor y más alto. Y también más guapo—responde él. Giovanni no es muy guapo. Tiene un matojo de pelo rojo y la nariz torcida de un puñetazo que le dieron de pequeño. Me gusta ser el más guapo—. Si fueses listo lo harías—insiste—, todo cambia cuando se tiene un poco de dinero.

La señorita está en la galería pintando un cuadro. En el cuadro se ven las montañas, las nubes, el sol poniéndose y todo lo demás. La señorita lleva un pañuelo en la cabeza y un delantal larguísimo, todo manchado de colores. En la ventana hay un pájaro blanco en una jaula. Tiene un pico ganchudo y rojo y una gran cola.

—He venido a traerle unas flores porque hoy es su cumpleaños—digo.

—Pero no es mi cumpleaños—contesta riendo.

—Me habían dicho que sí—prosigo yo—. Alguien me lo había dicho. Son azaleas. Huelen bien.

—¿Las has cogido tú? Qué amable. Voy a pedir que te traigan un poco de pastel.

Viene la criada con un pastel muy grande en un plato. Tiene algo escrito con azúcar, y dentro, uvas pasas y almendras.

—Mírale, parece que lleva un año sin comer.

—Es que hace un rato que no como porque no quiero volver a casa—contesto yo—. Me he cansado de estar en casa. Duermo al raso, en el bosque.

—Pero bueno, ¿y al colegio tampoco vas?

—En el colegio me aburro—respondo—, lo único que se hace allí es escuchar patrañas. Es cosa de niñas.



—Así se habla.

—Ya he tenido bastante—le digo—, cualquier día de éstos lo dejo todo y me largo. Quiero ir a trabajar a la ciudad.

Pinta con un pincel largo moviendo las manos muy muy despacio. Tiene las manos y los brazos oscuros, pero no como quien ha estado al sol. Seguro que también tiene los pechos oscuros, con dos manchas grandes y oscurísimas. No puede ser verdad lo que ha dicho Giovanni, lo de que la ha visto en la bañera. Habría sabido lo morena que es, lo oscura que tiene la piel. El pelo lo tiene negro y rizado, cortísimo, es alta y delgada y tiene la nariz enorme. Cuando se ríe enseña los dientes con un aire malvado.

—Si vienes una mañana—me dice—, te hago un retrato.

—¿Me va a pintar?—pregunto—. Yo querría pintarla a usted, es usted muy guapa.

Ríe y me mira con malicia.

—Si está aquí en primavera—digo—, le traeré primulas.

—En primavera no estaré aquí.

—Qué pena. No debería irse. ¿Por qué se va? No quiero que se vaya. Quédese—le digo, y le toco la rodilla con la mano. ¡Cómo se ríe! Se echa hacia atrás en el sofá y se ríe, y yo le toco la rodilla delgada y caliente—. Quiero que se quede siempre aquí.

Y de pronto me da un bofetón. Me quedo frente a ella y me toco la cara con la mano. Ha sido un bofetón tan fuerte que me ha hecho girar la cabeza.

—¡Descarado, inmundo!—exclama—, ¡qué asco, qué asco!—Le tiemblan las manos y los hombros y tiene la cara tan fea como la de un diablo—. Largo de aquí, largo de aquí. ¡Sinvergüenza, cerdo!

Cojo mi gorra y me voy. Me arde la mejilla del bofetón y no entiendo nada. Abro la cancela y me dirijo hacia el río.

Ha estado todo este tiempo pescando, sentado en su piedra.

—¿Y el dinero?—pregunta al verme llegar.

—¿Qué dinero?—contesto yo.

—¿Dónde está?

—No lo tengo.

Tira el sedal al agua. Le miro, me mira. Arranco la hierba a puñados a mi alrededor.

—Al principio se reía—le explico—, y de pronto se me ha tirado encima como un diablo. Me he llevado un buen bofetón. No hay quien las entienda.

—No has sabido hacerlo—responde él—, eres un hijo de perra. Habría sido mejor que hubiese ido yo.

—¡Pero qué va a hacer con nosotros! Seguro que está con un hombre.

Hay un sapo muerto, hinchado, en el fondo del río. Meto el brazo y lo pesco. Servirá para tirárselo a las niñas. Lo cuelgo de la rama de un árbol con un hilo. Busco sapos y los mato para atarlos a la rama. Si pudiese encontrar un topo sería incluso mejor.

—Oye—digo—, qué buena vida se dan.

—¿Quiénes?—pregunta él.

—La gente que tiene dinero.

—Sí, ya lo sé.

—Me gustaría tirarle todos estos sapos a esa diabla. Ésa sí que tiene dinero.

Se me acerca y me dice:

—¿Qué piensas tú? Yo creo que no tiene gracia hacerse mayor para romperse la espalda a trabajar como hace tu padre. Sólo vale la pena si eres rico y vives en la ciudad.

## VIAJES EN CARRO

Todos los lunes Sandrino ayudaba a la abuela a cargar los sacos de la colada antes de que ambos se subieran al carro. Había un buen trecho de carretera antes de llegar a la ciudad. Sandrino iba tumbado bocabajo con la cabeza entre los sacos y escuchaba el ruido del carro bajo la barriga. Frente a la casa del médico siempre estaban los hijos del médico, una niña gorda con una cinta en el pelo y un niño completamente rapado: dejaban de jugar y le miraban pasar en el carro de aquella manera. Una vez les vio con los pies en el arroyuelo que corría junto a la carretera, chapoteando y gritando en el agua, como si estuviesen haciendo algo maravilloso.

A Sandrino le divertía ir en carro a la ciudad. También la ciudad le gustaba, lo único aburrido era tener que esperar mientras la abuela iba a las casas a entregar la colada. No siempre podía dormir. Le habría gustado recorrer un poco a pie aquellas calles despacio, muy despacio, y mirar las tiendas y quizá ir al cine alguna vez. También a la abuela le hubiese gustado ir al cine, pero no les sobraba el tiempo ni podían prescindir del dinero. Regresaban a casa ya entrada la noche, con la luz balanceándose en el varal.

Cuando el sol pegaba fuerte la abuela se ponía un sombrero de paja. Era muy gorda, pero robusta y casi negra de tanto sol, y brincaba como una cabra para subir al carro. Tenía un vestido largo color celeste con lunares blancos y unos bolsillos profundos en los que siempre llevaba un poco de pan y salchichón. Cada tanto paraba el carro y agarraba la garrafa de vino, y Sandrino se la arrancaba de las manos para beber un poco él también. ¡Y cómo blasfemaba con el mulo! Cuando llegaban a casa y Sandrino contaba las cosas que había dicho la abuela, su madre se enfadaba y se ponía a discutir con ella y gritaban las dos como posesas, tanto que los vecinos se acercaban a ver qué pasaba. La madre era distinta de la abuela y del padre porque quería estar siempre limpia y no hacía más que hablar de su familia, de lo ricos que eran y de cómo tenían zapatos y de todo. Pero ahora tenía tos y estaba siempre despeinada y furiosa, también ella había pillado piojos.

Sandrino quería mucho a su madre y se ponía muy contento cuando regresaba el lunes por la noche a casa y la veía de nuevo, por mucho que estuviese furiosa. Cuando decía algo él enseguida lo daba por cierto, y estaba de acuerdo en que la abuela era una ignorante, como decía su madre. Sin embargo, con la abuela siempre se divertía, escuchando las historias que se inventaba o viéndola beber vino de la garrafa y escondiéndose bajo el carro para mear cuando tenía ganas. Una vez lo hizo en la calle de la ciudad, se metió bajo el carro y se levantó el vestido justo cuando pasaba por allí una señora muy bien vestida. En un primer momento la mujer pensó que se trataba del caballo, pero al ver que era la abuela se enfadó mucho. Después se murieron de la risa, la abuela y él.

Sandrino y la abuela hacían juntos todas las faenas del verano y del invierno, tanto alimentar a las vacas como cortar el heno o pasar la azada en el huerto, y un día que habían ido al bosque a buscar leña vieron a una pareja haciendo el amor entre la maleza. Se quedaron todo el tiempo escondidos tras la maleza sin parar de mirar, y la abuela se aguantaba la risa, pero Sandrino se asustó porque la muchacha se quejaba y lloraba como si algo le doliera mucho. Por la ropa se veía que eran de la ciudad, por eso la abuela no los conocía, ella que conocía a todo el mundo hasta de los poblados vecinos. Sandrino era todavía pequeño en esa época y cuando llegó a casa se lo contó a su madre, que se puso a gritar como hacía siempre y hasta llegó a pelearse con la abuela, porque ésas eran cosas que no se debían mirar. Ahora que era mayor Sandrino había aprendido también a callar, porque a nadie le gusta ver a la gente discutir. Pero ciertas cosas que hacía la abuela no estaban bien, como la vez que se llevó un trozo de chocolate de una casa a la que había ido a llevar el pan. El maestro le había dicho que esas cosas no se hacían, aunque el chocolate estaba muy bueno. A él le habría encantado tener siempre mucho, y de mayor quería ganar mucho dinero para comprarse todo el que quisiera; se lo había contado a la abuela y la abuela le había dicho que para eso tenía que soñar los números de la lotería. Pero a Sandrino lo que le habría gustado es nacer rico, como los hijos del médico a los que veía al pasar con el carro cuando iba a la ciudad. Le habría gustado pararse un rato frente a la casa cuando estaban en el jardín para ver a qué jugaban. Cuando iba a la ciudad Sandrino siempre estaba atento por si se encontraba con su hermana Concetta, que había vivido una época en casa con ellos antes de escaparse con un vendedor de botones. Hacían la ronda por las colinas y de cuando en cuando pasaban por la ciudad. Sólo tenía catorce años pero ya tenía un hijo, y un día se la había encontrado en la calle principal; se pusieron a charlar y ella le enseñó al niño y le contó que había pasado muchos días en el hospital y que las monjas le hacían beber caldo, y le hizo olerle el pelo para que viera cómo se le había quedado el olor del hospital. Luego se sentó en la hierba para dar de mamar al niño. Qué pechos tenía. Y el niño se agarraba y bebía igual que la abuela de la garrafa.

Le gustaría verla de nuevo. Claro que no era una señora, pero seguro que le daba una moneda para un refresco. A Sandrino también le habría gustado hacer lo mismo cuando fuese mayor, andar de ronda vendiendo botones por los pueblos y la ciudad.

Una noche, mientras regresaban a casa con la colada en el carro, la abuela dijo que se encontraba mal, así que se bajaron los dos y la abuela se echó en la carretera. Le pidió que la abanicara con la gorra porque tenía calor, y luego le empezaron a castañetear los dientes y se puso a temblar sin decir nada. A Sandrino le dio miedo y la llamó: «¡Abuela, abuela!», y le tiró del vestido. Fue corriendo hasta la casa del médico, que aún quedaba lejos, y cuando llegó se puso a aporrear la puerta como un desesperado. El médico abrió muy tranquilo con su bata blanca y sus gafas y fueron juntos hasta donde se encontraba la abuela. El médico la cogió en brazos y la llevó hasta su casa, estaba empapado en sudor y jadeaba, decía que pesaba como una losa. La dejó en la cama de una habitación y dijo que ya no había nada que hacer, que se la podía dejar como estaba porque ya había muerto.

Sandrino pasó aquella noche en casa del médico, en una cama con mosquitera, y cuando se levantó a la mañana siguiente desayunó con su familia en el comedor. Estaban la mujer del médico, que llevaba una bata de franela roja y tenía el pelo cano y encrespado, el médico y los niños, y también una criada coja que no paraba de reír. Los niños le enseñaron sus juguetes, que eran muy bonitos, sobre todo un avión que volaba solo. El avión se le metió en la cabeza hasta tal punto que quiso volver otro día sólo para verlo y se hizo a pie todo el camino hasta la casa del

médico por la carretera. Pero aquella vez no se lo enseñaron, y al poco rato los niños empezaron a pelearse y la mujer del médico le hizo muchas preguntas, sobre cuántas veces se lavaba y qué comía, y él se acabó enfadando.

Ahora que la abuela había muerto, los lunes su padre iba solo a entregar la colada. Era raro ver el carro alejarse y quedarse en casa. Si hacía calor, se quedaba dormido en el banco del patio y con frecuencia acababa soñando con la abuela, esperaba que le dijese alguna vez los números de la lotería. Con la abuela siempre se divertía cuando iban juntos a la ciudad.

## DOMINGO

Suena el teléfono y una voz le dice que ha habido un accidente de coche, que una de las hijas de su mujer ha resultado malherida, la segunda, Donatella, y puede que sufra una leve conmoción cerebral. Podría haber sido mucho peor, se ha dado de cabeza contra una roca. Malditos holandeses. Hospital San Camillo, pabellón siete, último piso. La voz es ronca, jadeante, entrecortada, no se sabe si de hombre o de mujer. Lo tutea, lo llama ingeniero. Corre, ingeniero, ven. Que lleve dinero. En metálico, mejor en metálico, para pagar el depósito. Él dice que no es ingeniero, que no lo ha sido nunca. Enseña dibujo en una escuela técnica. La voz ha desaparecido ya. Él se queda allí en pie, en la entrada, con el aparato en la mano. Está todavía medio dormido. Son las cinco de la madrugada. Llueve mucho.

Es un hombre de baja estatura, pelo oscuro hirsuto y rizado, barba oscura y rizada, dientes blancos. Tiene los pies descalzos, un pijama azul y arrugado. Lleva dieciocho años separado de su mujer. Vivieron juntos sólo un año. Todo lo que tiene que ver con su mujer le inquieta y le cansa.

Vuelve a sonar el teléfono y esta vez es la pareja de su mujer, el padre de sus dos hijas pequeñas, un director de televisión llamado Ludovico Aliotta. Le pregunta si sabe algo, que qué es eso del accidente en coche, que si le ha pasado algo a Loredana, a Donatella, lo ha llamado por teléfono alguien con una voz ronca muy rara. Necesitan dinero, ha dicho la voz. Hace cinco meses que se separó de Loredana porque era una vida imposible, aunque eso es otra historia; mejor en metálico, ha dicho la voz, pero él no tiene ni metálico ni líquido. En ese momento no tiene nada. Tampoco sabría de dónde sacarlo, es domingo, está en el campo en una casa que le han prestado, una casa muy rara, construida como si fuese un búnker, en mitad del campo. Tiene que terminar un trabajo y lleva horas sentado frente a la máquina de escribir. La casa es como una especie de cañón, hay un bosque y un río, pero cerca de allí no vive un alma. Oye el trino de los pájaros.

Llama a la puerta de la habitación en la que duermen su hermana y su madre. Sale su hermana Cristina en pijama, un pijama de franela rosa, como los de los niños pequeños. Sale su madre con una bata morada, arreglándose la fina trenza blanca. Dios mío, un accidente de coche. Pero ¿quién conducía? ¿Era Loredana la que conducía? No se sabe. Una conmoción cerebral a veces no es nada, es la expresión lo que asusta. Ve corriendo, ¿a qué esperas? Le pide a Cristina que lo acompañe en su coche, le dice que busque todo el dinero que haya en casa. En casa tienen cien mil liras, pero Cristina no se las quiere dar porque dice que las va a perder, así que se las mete en el sujetador.

Se viste. No se asea, pero se echa un par de vasos de agua por la cabeza porque cuando tiene el pelo mojado le da la sensación de haberse bañado. La madre le lleva un café. Donatella se ha hecho daño, pero ¿quién era Donatella? Ah, sí, la pelirroja. La del ojo bizco. El año pasado

Cristina le dio clases de latín. Qué extraño, dice la madre, cuando Loredana estaba contigo no quería tener hijos, ay de quien le hablara de tener hijos... Luego tuvo seis, todas niñas, una detrás de otra. Empezó enseguida, en cuanto lo dejó plantado. Todas con hombres distintos. La primera de Cicagna, luego otras dos con Maurizio Masei, que es riquísimo y no le da una lira. El dinero siempre lo viene a buscar aquí Loredana. Luego la cuarta no se sabe de quién es, un misterio. Pero dos son de Aliotta.

Cristina ya está lista. Lleva una chaqueta de punto de color verde hierba con una capucha de punta y una enorme margarita bordada en el bolsillo. Cristina se viste siempre como si tuviese seis años. Caminan los dos, Cristina y él, bajo el paraguas pequeño, redondo, marrón y con flores naranjas de Cristina. Diluvia. El coche de Cristina está aparcado en el puente Milvio. «Es Donatella, a la que le daba los repasos el año pasado—dice Cristina—. Dios mío, esperemos que no sea nada. Es una niña tan simpática y cariñosa... Loredana no es cariñosa conmigo, pero la hija sí. Anda que se acordó Loredana de darme las gracias por todas aquellas clases gratis que le di a la niña. Nada de nada. Podía haberme mandado unas líneas, unas cuantas rosas. Siempre igual. Pero es una snob, Loredana no es más que una snob. Una snob al revés: le encanta lo zarrapastroso. Yo le parezco una burguesa, una burguesa mayor, y sin embargo soy más joven que ella. Cómo es esa casa, siempre tienen la cocina llena de gente. Estudiantes, obreros, madres solteras, bebés que lloran, desconocidos...». Les ponen dificultades para entrar en San Camillo, no es horario de visitas, entran al fin. Cristina recuerda que conoce a un médico del segundo pabellón y va a buscarlo porque siempre puede ser útil, y él espera en el jardín. Entonces ve a Loredana acercarse a él, cojeando bajo la lluvia, con una falda negra que le llega hasta los tobillos, una blusa blanca escotada y la melena pelirroja suelta sobre los hombros redondos. Se besan, y durante unos instantes tiene entre sus brazos el cuerpo grande y pesado de ella, sus pechos cálidos y abundantes, su pelo rizado y ardiente, por unos instantes recuerda cuando se querían.

Tras Loredana aparece Donatella, una niña de doce años alta, gorda, vestida con un mono de tirantes, el ojo bizco y el pelo como una nube de fuego. No tiene nada, la mandan de vuelta a casa. No tiene ninguna conmoción cerebral. Lleva un pequeño esparadrapo en mitad de la cabeza, le han dado tres puntos; la expresión «conmoción cerebral» la ha usado una enfermera provocando el pánico de su madre. La niña tiene hambre, quiere un chocolate caliente y un cruasán. Detrás de Donatella hay una señora bajita y oronda, vestida con unos rebosantes pantalones violetas a la que se presenta como la señora Pasubio, una amiga. Con voz ahogada la señora dice: «Hola, ingeniero». Él contesta que no es ingeniero. No importa, lo importante es que estás aquí. Aparece Cristina, que ya ha hablado con su amigo médico; le ha hecho firmar una carta de recomendación para los médicos del séptimo pabellón, pero ya no hace falta, no sirve para nada.

Salen del hospital y van a una cafetería. Se sientan y Loredana dice que el dinero lo necesitan igual porque, entre una cosa y la otra, la ambulancia y todo lo demás, se ha quedado sin nada. Las cien mil liras pasan del sujetador de Cristina al sujetador de Loredana. Hablan del accidente entre las dos, Loredana y la señora Pasubio, y a la voz plena y sonora de Loredana se une esa voz entrecortada. Donatella por su parte está callada y moja el cruasán en el chocolate. Malditos holandeses. Habían ido a Rieti Loredana, Donatella y la señora Pasubio para el festival de la canción. Tendrían que haber cogido el tren de ayer por la noche para regresar a Roma, pero conocieron en una pizzería a tres chicos holandeses que les ofrecieron llevarlas a Roma en un Land Rover. Llovía y de pronto el Land Rover patinó, empezó a dar vueltas y acabó volcando en

un campo. Acudió mucha gente y las recogió un señor muy amable en un setecientos cincuenta. Donatella tenía la cara manchada de sangre. Luego la señora Pasubio se dio cuenta de que le había desaparecido del bolso la cartera con sesenta mil liras y las llaves. Sospechaba que los holandeses se las habían robado antes de devolverle el bolso. Loredana tiene un enorme moratón en la rodilla, por eso cojea. Y luego ha sido todo muy desagradable, la noche, la lluvia, también los incidentes pequeños angustian. ¿Y qué ha sido de los holandeses?, pregunta Cristina. Nada, estaban bien, seguían bajo la lluvia junto al Land Rover estrellado con la policía de tráfico.

Cristina comenta que no se debe subir nunca al coche de un desconocido. No se sabe cómo conducen los desconocidos. La señora Pasubio le contesta que hoy en día medio mundo hace autostop. Lo peor de todo es que ha perdido las llaves de casa y ahora para volver a entrar va a tener que cruzar la terraza de un vecino y romper el cristal de una ventana, en casa tiene un cachorrito y le da pena que lleve tanto tiempo solo. Se llama *Amor*. Suben todos al coche de Cristina y la señora Pasubio comenta que tal vez no debería subir porque Cristina es una desconocida para ella. Cristina le contesta que es muy dueña de bajarse si quiere, pero la señora Pasubio no quiere bajarse, quiere que la lleven cuanto antes junto a su cachorro *Amor*.

La casa de la señora Pasubio está en via dell'Anima. Él siente que le gustaría marcharse después de ayudarla a entrar rompiendo un cristal y forzando una persiana, pero en la casa de la señora hay muchos vestidos colgados, es ropa de segunda mano que ella vende y a Cristina le entra la curiosidad. La señora Pasubio tiene una pequeña tienda de ropa de segunda mano que queda cerca de allí, en via della Stelletta, que ya tiene una buena clientela, pero ella vende poco porque no le gusta la especulación. Mientras habla desmenuza en un vaso de leche unas galletas para el cachorro, un pequeño perro jadeante y chillón, y mientras tanto fuma o se peina el cabello gris, rizado y corto. Donatella se ha echado en el sofá y se ha quedado dormida. Loredana se mira la rodilla, la cara pálida, la media rasgada. Cristina asegura que ella jamás se pondría ropa de segunda mano porque, aunque esté desinfectada, le da la sensación de que siempre está impregnada de olores viejos, y la señora Pasubio le dice que se equivoca porque hoy la mitad del mundo se viste con ropa de segunda mano. Le sugiere a Cristina que se pruebe alguna cosa. Frente a los vestidos usados Cristina se siente atraída y asqueada. Al final acompaña a la señora Pasubio hasta el dormitorio, donde hay un espejo, empieza a probarse vestidos y cada tanto reaparece en la habitación para que la vea Loredana.

Él le pregunta a Loredana si no tiene que regresar ya con las otras niñas. No, responde Loredana, las niñas pequeñas no están en casa porque las ha enviado a Ostia a casa de una amiga del colegio y no regresan hasta el día siguiente, y la mayor, Alfia, la que tiene dieciséis años, da una fiesta ese día y ha invitado a treinta chicos, por lo que la casa debe de ser un caos; cuanto más tarde vuelva ella, mejor. Está pensando que esas sesenta mil liras se las tendría que dar a la señora Pasubio porque todo ha sido culpa suya, de Loredana, por su culpa se han subido a ese maldito Land Rover, la señora Pasubio desconfiaba. La señora Pasubio es pobre. No gana nada con esa ropa de segunda mano, no se la compra nadie, es horrible. De pronto se echa a llorar, de pronto le ha sobrecogido la tristeza. Se ha asustado, ha visto de nuevo a la niña con la cara cubierta de sangre. Le han dicho «commoción cerebral». Y además está cansada, cansada en general, siente que se cae a pedazos, está cansada de su trabajo de mierda, de escribir a máquina todo el día a una velocidad de vértigo; el trabajo se lo ha encontrado Cicagna, Ernesto Cicagna, el padre de Alfia, pero no le gusta. Está cansada, le gustaría descansar. Y además Alfia es muy mala, igual que su padre. Tiene el mismo carácter duro de Cicagna. Es despreciativa, la trata fatal, le



habla con un tono que da miedo. Lloro y él le acaricia el pelo, esa melena frondosa, áspera.

La señora Pasubio regresa de buen humor con un puñado de vestidos porque Cristina le ha dicho que se pasará por su tienda. Ve a Loredana llorando y la visión de las lágrimas la vuelve arisca y despótica. Propone hacer un risotto. Rápido. No hay tiempo que perder. Un risotto rico y caliente es muy reconfortante.

Él se sienta en la cocina para hacer compañía a Loredana, que pica las cebollas. Loredana le sigue hablando de Alfia, pero ahora está tranquila; no sabe lo guapa que está Alfia, afirma, lo inteligente que es, lo bien que toca la guitarra. Él la mira mientras tanto, grande, fuerte, frente a la mesa, picando las cebollas a gran velocidad y rehogándolas en aceite, con la falda tan ceñida al vientre que se le distingue el ombligo, profundo como una taza. La época en que estaban juntos le parece ahora extraña y lejana, recuerda una sensación de opresión, y algo parecido a la opresión se renueva cada vez que la ve, o cuando ella lo llama para pedirle dinero, o consejo, o para llorar y quejarse de Cicagna o de los otros hombres con los que ha estado. Se siente ligado a ella con un lazo casual y fortuito, parecido al de las cintas o las cuerdas, lazos desordenados y viejos, fortísimos, indestructibles.

Tras el risotto la señora Pasubio echa las cartas a Cristina, porque la señora Pasubio es buenísima adivinando el futuro. Según la señora Pasubio, de aquí a un año Cristina encontrará al amor de su vida, un hombre con importantes responsabilidades públicas, un juez, un militar tal vez. Cristina y él regresan a casa a las siete de la tarde. Loredana se queda en vía dell'Anima con Donatella, así no tendrán que ver su casa arrasada por los estragos de la fiesta. En casa, encerrado ya en su habitación, él se tumba en la cama y respira hondo. Poco después suena el teléfono. Responde, es Aliotta. Ya se ha enterado de todo, lo llama para decirle que ya se ha enterado de todo. Lo ha llamado Loredana. Los holandeses, el Land Rover, el coche dando vueltas, el risotto. Aliotta dice que ha pasado un hermoso día en medio del campo con la máquina de escribir, una paz total. No estaba preocupado por Loredana, se había dado cuenta de que era una cosa de nada, Loredana es una mujer con suerte, nunca le pasa nada, es siempre una tormenta en un vaso de agua. Qué tranquilidad hay en el campo, le gustaría no tener que regresar nunca. Se trabaja tan bien, va a seguir trabajando todavía un poco más, hasta la medianoche. Ha comido un sándwich de queso, una cerveza y ya está. Llovía, pero ha parado y ha salido la luna, una luna grande, amarilla, maravillosa. Qué paz más absoluta. Oye croar las ranas.

# **CRÓNICAS Y RECUERDOS**

*Natalia Ginzburg dedica este poema a la memoria de su marido, Leone Ginzburg, que murió en la cárcel de Roma el 5 de febrero de 1944 a manos de la Gestapo. Ginzburg, que se había dado a conocer en el mundo literario con el nombre de Alessandra Tornimparte, recupera entonces el verdadero nombre que se vio obligada a abandonar, por razones raciales, durante la opresión fascista-*

## RECUERDO

Los hombres van y vienen por las calles de la ciudad.  
Compran comida y periódicos, se dirigen a distintas empresas.  
Tienen el rostro rosado, los labios vivos y carnosos.  
Alzaste la sábana para ver su rostro,  
te inclinaste para besarlo con el gesto habitual,  
pero era la última vez. Era el rostro habitual,  
parecía apenas un poco más cansado. Y el traje era el de siempre,  
los zapatos eran los de siempre. Y las manos eran  
las que partían el pan y servían el vino.  
Todavía ahora alzas la sábana en el tiempo que pasa  
para ver su rostro por última vez.  
Cuando caminas por la calle, no hay nadie a tu lado,  
cuando tienes miedo, nadie te da la mano.  
No es tuya la calle, no es tuya la ciudad,  
no es tuya la ciudad iluminada. La ciudad iluminada de los otros,  
de los hombres que van y vienen, compran comida y periódicos.  
Te asomas un rato a la ventana tranquila  
y contemplas en silencio el jardín en la oscuridad.  
Entonces, cuando llorabas, estaba su voz serena.  
Entonces, cuando reías, estaba su risa apagada.  
Pero la cancela que se abría por las noches quedará ya cerrada para siempre,  
y tu juventud desierta, el fuego apagado, la casa vacía.

*8 de noviembre*

## CRÓNICA DE UN PUEBLO

Durante tres años viví en un pueblo del sur de Italia. Durante tres años contemplé cómo se ponía el sol tras las colinas redondas y despojadas, durante tres años vi cosechar el grano, durante tres años comí el pan blanco e insípido, amasado con patata, que hacen allí.

Una carretera dividía el pueblo en dos. De un lado quedaban el pinar y el castillo, campos y viñedos, y más arriba la línea sinuosa de las yermas colinas. Del otro lado quedaban los huertos, los prados y el río. El río llevaba poca agua, pero en cierta ocasión un hombre consiguió ahogarse en él. No sé cómo lo hizo.

El castillo pertenecía a un marqués que se había ido a Estados Unidos. Se decía que tenía una veintena de habitaciones, cuatro baños y sillas de oro. Todos se acordaban del pelo negro con un mechón blanco del marqués, todos se acordaban de la época en la que salía a cazar con los perros. Había un hombre del pueblo que había sido muy pelota con él. Ahora era él quien tenía aquellos perros. Los caballos del marqués, sin embargo, los tenía el panadero y los llevaba a beber a la fuente dos veces al día. Eran unos hermosos caballos fuertes, de color castaño y con la cola blanca.

El pueblo estaba conformado por dos tipos de personas: los burgueses y los campesinos. Los burgueses eran el sargento, el secretario del Ayuntamiento, el médico y el veterinario. Resulta difícil describir el tenor de la vida, el talante intelectual y moral de la burguesía de un pueblo de tres mil habitantes. Todavía me parece un asunto digno de estudio e interés. La gente tenía poco que hacer y se pasaba la mayor parte del tiempo escribiendo cartas anónimas a la jefatura de la policía de la capital, denunciándose unos a otros. He olvidado decir que a la burguesía también pertenecía la persona que hacía la pelota al marqués, un hombre de cara rosada con un penacho de pelo en la frente. Era el propietario de un taxi y el autor más prolífico de cartas anónimas.

El médico era un viejo cojo que apestaba a puro. En invierno llevaba un gabán bordado de piel de nutria y en verano, una chaquetilla ligera de schappe y un sombrero de paja. Sus ojos negros e intensos parecían cabezas de alfiler. De joven había sido una persona culta y refinada: le gustaban los libros y la música y había escrito y publicado poemas. «Pero vivir rodeado de tanto pueblerino me ha acabado descorazonando—afirmaba—, he perdido el valor». Había quien aseguraba que de joven había sido un buen médico, pero el hecho era que detestaba a los pueblerinos y que no deseaba que sanaran. Si una mujer le llevaba a un niño enfermo para que lo examinara, decía: «Serán las lombrices, como decís vosotros», y echaba a la mujer a toda prisa tras haberse embolsado diez liras y tres huevos. Cuando iba a la cocina le preguntaba la mujer: «¿La has despedido?». Él ponía los huevos sobre la mesa y se sentaba a comer en silencio.

A su mujer la detestaba y no le dirigía nunca la palabra. Era una mujer que tenía sesenta años

pero parecía mucho más joven, y todas las mañanas se afeitaba el vello que le crecía en las mejillas regordetas y pálidas, y cuando se contoneaba por las calles del pequeño pueblo con su gabán de seda negra, el rostro empolvado y los ojos verdes y resplandecientes, todo el mundo recordaba la época en que había sido la amante del marqués y se comía los tordos y las perdices que él le traía de caza. Al médico seguían llamándolo el «piquito cornudo» incluso entonces, tantos años después.

Cuando lo llamaban de noche se enfadaba y se negaba a acudir, pero si alguien se le ocurría quejarse del médico la mujer lo denunciaba enseguida por sentimientos antifascistas con una carta anónima.

La mayor pasión del médico eran los partos. Cuando iban a avisarle de que había un parto difícil se ponía muy contento y se levantaba aunque fuese de noche. Pero si en vez de llamarlo a él llamaban al obstetra de la ciudad, se ofendía enormemente y la mujer escribía al instante una carta anónima. Muchas mujeres morían dando a luz, pero el médico decía que la culpa era de ellas, que eran muy sucias, no atendían a razones y no hacían caso al médico.

En los hermosos atardeceres de verano, cuando el sol se ponía entre las colinas y las bestias regresaban de los prados levantando una nube de polvo, cuando el barbero tocaba la guitarra en la puerta de su negocio rodeado de un tropel de muchachos descalzos, el médico, el veterinario y el sargento paseaban lentamente por la calle. Al verlos de ese modo parecían buenos amigos, y nadie habría pensado que se pasaban el día denunciándose unos a otros ante la jefatura de policía por sentimientos antifascistas, estafas contra el abastecimiento, malos tratos y todo tipo de cosas. Caminaban despacio, charlando: charlaban sobre el tiempo que vivieron en otro lugar, en la ciudad, charlaban sobre la alegría de vivir en la ciudad y el desagrado que les provocaba vivir entre pueblerinos. Pero en realidad no se habrían podido acostumbrar a vivir en otra parte, no habrían podido renunciar a los pueblerinos y a la sed de poder. El sargento, alto, pálido, con su enorme capa bamboleante; el veterinario, con sus pantalones bombachos y sus dientes picados, y el médico, apoyado en su bastón, tenían en sus manos el destino del pueblo y eran muy conscientes de ello. Caminaban eternamente hasta que había oscurecido en todo el pueblo, saboreando su gran poder y el temor que inspiraban allá adonde iban. El sargento ayudaba a los campesinos ricos a esconderse en el bosque y recibía a cambio sus productos y harina. Descargaban quintales de harina todas las noches en la puerta del cuartel, y el hombre que le había hecho la pelota al marqués se asomaba a la ventana para observarlo todo y escribir después cartas anónimas.

Aquellas cartas anónimas no daban ningún resultado y, aunque lo más probable es que las tiraran a la basura sin haberlas leído siquiera, todos les tenían un sacro terror, aquella pesadilla oscura pesaba sobre todo el pueblo. Sólo los pobres no tenían miedo a las cartas anónimas y vivían su vida al margen de cualquier intriga, ocupándose de las cuatro coles que habían plantado frente a su casa o de robar leña en el pinar sin que les pillaran los guardias forestales. El día que los llamaban a filas, iban y los hacían saltar por los aires lejos de sus casas, y a los que se quedaban en ellas el médico no los iba a ver cuando enfermaban porque no tenían gallinas. Todos los veranos la disentería se cobraba la vida de seis o siete niños, y un año que llevaron un niño con un ataque de tos convulsa al médico, éste dijo que no era tos convulsa, que fuera al colegio, y todos los niños del pueblo acabaron con tos convulsa.

Hubo una época, muchos años atrás, en que los pobres recibían un subsidio del Ayuntamiento, pero aquel subsidio la gente llevaba sin olerlo un buen rato, pues en realidad se lo embolsaban el secretario del Ayuntamiento y el alcalde. El alcalde no era un burgués, era simplemente un

campesino rico con vacas y cerdos, y él también había sido una buena persona antes de que lo nombraran alcalde. Al sargento y el veterinario les interesaba que el alcalde apenas supiera escribir ni diera problemas, y que muy rara vez fuera al ayuntamiento. De lo que se ocupaba era de sus patatas.

Pero luego resulta que le cogió el gusto a eso de ser alcalde y también él adquirió cierta importancia, también él aprendió a robar harina y a contemplar impasible cómo robaban a los otros, una manía que al parecer acababan adquiriendo todos. Y así fue como se enriqueció aún más y sus cerdos se convirtieron en la envidia de todos, y al verlos había quien decía: «Todo el salvado de la asignación se lo comen los cerdos del alcalde».

Pero una noche la mujer del veterinario envió a la criada a robar una lechuga al huerto del alcalde, y la mujer del alcalde la pilló y montó un gran escándalo. El veterinario fue en persona a la jefatura de policía a decir que el alcalde apenas sabía escribir y se pasaba el día apacentando las vacas, que aquello era un espectáculo indigno, así que nombraron alcalde al hombre que le hacía la pelota al marqués, que por lo menos tenía un taxi y se vestía como un señor.

Pero los verdaderos habitantes del pueblo eran los campesinos, los «pueblerinos», como los llamaba el médico, y a ellos en el fondo no les importaba quién era el alcalde, porque todos robaban y los alcaldes están para eso. A ellos lo que les importaba eran los cuatro trapos que llevaban puestos y las cuatro coles que tenían en el huerto y la lluvia y el sol. El médico decía siempre que eran ignorantes y sucios y que por eso morían tantos niños, pero ellos pensaban que aquello no era verdad y que los niños morían porque no había un buen médico. Cada vez que se cruzaban con el médico o con el sargento, se apresuraban a hablar de la pobreza de sus casas, pero aquello no era más que una vieja costumbre, y la verdad es que no estaban tan descontentos, ni siquiera sospechaban que se pudiese vivir de otro modo; se habían acostumbrado al frío, se habían acostumbrado al hambre, y amaban sus casas de paredes ennegrecidas por el humo y sartenes envueltas en un diario amarillento, sus cuatros coles en el huerto, el poco dinero que tenían escondido en el colchón de paja, su tina de cobre; tampoco ellos habrían sido capaces de vivir en ninguna otra parte, igual que el sargento y el secretario: sin robar, sin pelear, sin quejarse.

## CAMPESINOS

Los campesinos a los que he visto vivir son campesinos de los Abruzos. Durante tres años los he visto vivir. He escuchado lo que decían, he observado cómo se vestían, qué cosas comían, cómo criaban a sus hijos. Me gustaría describir hoy algunas de las impresiones que me han quedado en el recuerdo.

En junio de 1940, cuando Italia entró en guerra, mi marido fue desterrado a un pueblo de los Abruzos, en la provincia de Aquila. Yo le acompañé. Estuvimos allí tres años.

Vivir tres años en un pueblo no es poco, sobre todo si te ha sido impuesto y te es negada cualquier otra parte del mundo. Te lo encuentras delante todas las mañanas y es imposible ignorarlo. Algunas veces te resulta odioso y querrías destruirlo, pero los lazos que te unen a él se van estrechando cada vez más. Entonces aprendes a conocerlo en su esencia más íntima.

Eran unas cuantas casas dispersas sobre la falda de una colina. Los campesinos avanzaban dando tumbos sobre sus mulos entre los prados rojos e hirsutos por la larga carretera polvorienta, y de cuando en cuando emitían ese grito estridente que hace avanzar a las bestias. En verano los muchachos se sentaban en el arcén de la carretera dispuestos a abalanzarse como un enjambre de moscas sobre cualquier cosa insólita que sucediera en el pueblo y rompiera la monotonía de aquellos largos días soleados—un afilador, un vendedor ambulante, un coche que se detenía en la plaza principal—; en invierno la nieve caía sobre las casas vistiéndolas de un silencio mullido e inerte, bloqueando la entrada e impidiendo hasta el más mínimo contacto con la ciudad cercana.

El invierno era nevoso, largo y muy frío, pero a los campesinos siempre les parecía inesperado cuando llegaba, y despertaba en ellos el mayor asombro. Los cogía a todos de sorpresa, y en su largo transcurso las mujeres no paraban de castañetear los dientes abrigándose como podían con chales sobre los brazos desnudos en unas casas mal pertrechadas de muros débiles y cristales rotos.

Todas las casas eran iguales. No era fácil distinguir a los campesinos pobres de los ricos; se conseguía sólo tras largas indagaciones, tras haber escuchado entre los distintos habitantes del pueblo opiniones diversas y contradictorias. En los zapatos, en los vestidos, en los arreglos de la ropa no había ninguna diferencia sensible. Era inútil tratar de averiguar la verdad preguntándole a la misma persona de la que se quería saber su situación económica. Todos se quejaban. Todos hablaban de su miseria, del agotamiento, de la dura lucha que tenían que afrontar a diario. Todos aseguraban sufrir, y no mentían, pero lo decían con una cantinela peculiar, como si se tratara del tema de una canción o de una lección que hubiesen aprendido de memoria sin estar muy convencidos de ella.

No era un pueblo particularmente pobre. Pobres, gente que de verdad no tuviera nada, no



había muchos. Pero los otros, los ricos, los que tenían más de cien juegos de sábanas, vacas, animales y montones de tierras, no vivían de una manera muy distinta a la de los pobres. Las casas de muros débiles y cristales rotos no les protegían del frío del invierno ni de las pulmonías. En verano sus hijos morían de disentería igual que los hijos de los pobres. La vida de los campesinos ricos es todavía más dura y llena de trabajo, mientras que la vida de los pobres es tranquila y relajada en su inercia serena y resignada. Los campesinos ricos tienen el vanidoso placer que puede dar la conciencia de la propia riqueza, el agradable pensamiento del dinero escondido en la paja de la cama que les acompaña y estimula en el extenuante trabajo del campo, pero de esa riqueza no extraen bienestar alguno, comen poco y mal, no tienen con qué taparse, cuando enferman no llaman al médico y con el dinero que ganan compran más tierra. Y todos, ricos y pobres, tienen piojos: en ese punto no hay excepciones.

A los niños las madres los amamantan hasta los dos años de edad. Si un niño nace en invierno no lo sacan de la habitación hasta los seis o siete meses por miedo a las corrientes de aire. Envuelto de pies a cabeza en gruesos pañales bordados en una pequeña habitación sofocante cuyas ventanas se abren muy de cuando en cuando, alimentado sin orden por una madre que sólo suele darle de mamar por la noche porque durante el día tiene que salir a trabajar, el niño crece con esfuerzo y muy débil. «La criatura está sana—te asegura la madre—, parece un poco escuchimizada pero está sana. Nunca ha tenido fiebre». Al final la madre lo libera de los pañales y trata de enseñarle a caminar, y en cuanto aprende a caminar se lo deja a su suerte. Sale a la carretera y se revuelca en el arroyuelo que corre frente a la casa con el resto de sus pequeños compañeros, arranca hierbajos y corre tras las gallinas, se come todo lo que encuentra. El sol ayuda a florecer. El sol, el viento, el aire vivo de los campos ayudan al niño a superar todas las diarreas, las infecciones, las erupciones que amenazan sus primeros años de vida. La madre, tras las fatigas de la casa y del campo, tras alternar una cosa con la otra y después de esas larguísimas lactancias, pierde los dientes, y a los treinta años ya parece una vieja.

En aquel pueblo había también campesinos pobres, hasta había algunos a los que ni siquiera se podía llamar campesinos porque no tenían tierras, ni huerto, ni mula y sobrevivían robando patatas, castañas, tomates, todo cuanto podían, en los campos de los demás. Recuerdo a una mujer llamada Palmira: decían que el marido se lo había quitado todo, que hubo una época en la que había estado bien, pero el hombre se fugó a Roma con otra y la dejó con tres hijos pequeños, el menor de los cuales apenas había cumplido el año. Los dos mayores iban a robar a los campos y lo hacían con empeño, con una seriedad dolorosa y adulta, casi se podría decir que con honestidad. Sabían que era para vivir y que si no lo hacían morirían todos, la madre, el hermanito y ellos mismos.

De vez en cuando se llevaban una pedrada, pero ya estaban acostumbrados y, además, se les daba bien escabullirse. La madre no robaba. Paseaba con el niño pequeño en brazos y esperaba a que volviesen los otros con la comida robada. No parecía muy a disgusto con su destino. Yo me paraba a hablar con ella y siempre me preguntaba: ¿qué puedo hacer por esta mujer? ¿Qué se puede hacer por ella? Si le hubiese dado dinero no se lo habría gastado, lo habría escondido; si le hubiese dado comida la habría vendido y habría escondido el dinero, porque la comida siempre se podía robar. No estaba a disgusto con su destino. Vivía. Sus hijos también vivían. Si le hubiese dicho que el niño que llevaba en brazos estaba débil, necesitado, que tenía la tripa hinchada, que le ocurría tal o cual cosa, no me habría entendido. ¿Por qué? El niño estaba sano. Vivía. Nunca había tenido fiebre.

Con frecuencia me pregunto cómo habrán ido las cosas en el pueblo después de nuestra partida, aunque seguro que está todo igual. Habrán llegado los nuevos exiliados políticos, esta vez fascistas, y habrán sido acogidos con la misma simpatía con la que lo fuimos nosotros: con el respeto que los campesinos siempre muestran por quienes van mejor vestidos que ellos y también con la afectuosa indulgencia que tienen por los pobres cristianos a los que persigue el destino. Ellos no tienen conciencia política, ni siquiera tienen conciencia moral. No pueden tenerla. ¿Cómo se puede hablar de conciencia moral en quien ignora las normas más elementales de la existencia? Palabras como *igualdad, justicia social, derechos del hombre* les sonarían raro, les provocarían aburrimiento y miedo. La civilización, si es que podemos llamarla así, avanza a pocos pasos de donde se encuentran, pero ellos siguen en la oscuridad del mismo modo que siguen en la oscuridad con respecto a las formas más sencillas del bienestar. Desconocen el bienestar y por eso no lo desean. No sé si el fascismo es el responsable de eso. Ellos están al margen de todas las vicisitudes políticas, existen fuera de la sociedad y del Estado. Las vicisitudes políticas les parecen extraños pasatiempos propios de personas que carecen de ocupaciones más serias y, en su naturaleza dócil y bondadosa, les hacen sonreír.

## VERANO

Durante un tiempo permanecí alejada de mis hijos, que estaban en la costa con mi hermana y mi madre. Yo estaba en la ciudad, y mi madre estaba enfadada conmigo porque no me veía y escribía sólo de vez en cuando. Yo aducía compromisos de trabajo en realidad inexistentes. Vivía en una pensión cuya porteraapestaba: el olor de su cuerpo y su vestido se alzaba con gran violencia los días de calor. Todos los días iba a la oficina pero trabajaba poco, iba más que nada para fingir que era un hombre, estaba cansada de ser una mujer. A todo el mundo le divierte de vez en cuando hacer creer a los demás algo que no es, y yo jugaba a ser un hombre, me sentaba frente al gran escritorio resplandeciente de la oficina y comía en un restaurante, paseaba ociosa por las calles y los cafés con mis amigos y amigas y regresaba tarde a casa. Me asombraba pensar cómo había sido antes mi vida, cuando acunaba a mis hijos, cocinaba y limpiaba. Pensaba que siempre hay muchas formas de vivir y que cualquiera puede hacer de sí misma una criatura nueva, tal vez hasta completamente opuesta. Pero al final también aquel papel acabó por aburrirme y seguí llevando la misma vida sin sentir ningún placer. No quería ir a casa de mi madre en la costa, quería estar lejos de los niños, sola, me parecía que no podía mostrarme a los niños tal y como era en ese momento, con aquel asco en el corazón, me parecía que hasta ellos me habrían provocado asco si los hubiese visto. A menudo pensaba que era como los elefantes, que se esconden para morir. Se esconden para morir, buscan durante mucho tiempo en la jungla un lugar reparador y lleno de árboles para esconderse de la vergüenza que les produce su propio cuerpo moribundo, enorme y cansado. Era verano y el verano era caluroso, la gran ciudad estaba inflamada, y cuando recorría en bicicleta el bulevar asfaltado bajo los árboles, me encogía el corazón una sensación de repulsión y de amor por cada calle, por cada una de las casas de aquella ciudad, y nacían recuerdos de una naturaleza distinta, palpitantes como el sol. Yo huía tocando el timbre. Giovanna me esperaba en un café por la tarde, cuando salía de la oficina, y yo me sentaba a su lado en la mesa y le enseñaba las cartas de mi madre. Ella sabía que yo me quería morir y por esa razón no teníamos gran cosa que decirnos, pero estábamos allí sentadas la una frente a la otra fumando y echando el humo con los labios cerrados. Yo quería morir a causa de un hombre, aunque también por muchas otras cosas, porque le debía dinero a mi madre y porque la portera de la pensiónapestaba y porque hacía calor aquel verano, un calor sofocante en aquella ciudad repleta de recuerdos y de calles, y porque pensaba que tal y como yo era no podía hacerle bien a nadie.

Del mismo modo que mis hijos habían perdido a su padre, perderían también a su madre, pero no tenía gran importancia porque el asco y la vergüenza a veces nos asaltan en ciertos momentos de la vida y cuando eso ocurre nadie nos puede ayudar. Sucedió una tarde de domingo, yo había comprado somníferos en una farmacia. Había caminado durante todo el día por la ciudad desierta

pensando en mí y en mis hijos. Poco a poco fui perdiendo conciencia de su edad temprana, el timbre de sus voces pueriles se apagó en mi interior, les hablé de todo, de los somníferos y de los elefantes, de la portera de la pensión y de lo que tenían que hacer cuando fueran adultos, cómo tenían que defenderse de las adversidades. Luego de pronto los volví a ver tal y como los había visto la última vez, sentados en el suelo jugando a los bolos, y el eco de los pensamientos y de las palabras resonó en el silencio; me asombró ver lo sola que estaba, sola y libre en medio de aquella ciudad desierta, con el poder de hacerme a mí misma todo el daño que me diese la gana. Al regresar cogí los somníferos y eché todas las pastillas del frasco en un vaso de agua. No sabía bien si quería dormir mucho tiempo o morir. Por la mañana vino la portera de la pensión, vio que dormía y al poco rato fue a avisar a un médico. Estuve en cama una semana, y Giovanna venía todos los días y me traía naranjas y hielo. Yo le decía que las personas a las que les ha brotado el asco en el corazón no deben vivir y ella fumaba en silencio y me miraba, echando el humo con los labios cerrados. Vinieron también otros amigos y todos ellos me fueron diciendo lo que pensaban, todos querían mostrarme lo que debía hacer a continuación, pero yo les decía que las personas a las que les ha brotado el asco en el corazón no deben vivir. Giovanna me aconsejó que me marchara de aquella pensión y me instalara en su casa. Vivía sola con una muchacha danesa que iba descalza por las habitaciones. Ya no tenía ganas de morir, pero tampoco las tenía de vivir, y holgazaneaba por la oficina o en la calle, con mis amigos y amigas, personas que querían mostrarme cómo me podía salvar. Por las mañanas Giovanna se ponía un albornoz morado, se apartaba el pelo de la frente y me tiraba un saludo desdeñoso. Por las mañanas la chica danesa se metía descalza en la habitación y se ponía a escribir a máquina los sueños que había tenido. Una noche soñó que agarraba un hacha y mataba a su padre y a su madre, y sin embargo les quería mucho, a su padre y a su madre. La esperaban en Copenhague, pero ella no quería volver porque decía que debemos vivir lejos de nuestros orígenes. Nos leía en voz alta las cartas de su madre. La madre de Giovanna estaba muerta y ella no había llegado a tiempo para verla morir, pero cuando vivía habían intentado entenderse inútilmente. Yo decía que las madres sólo les sirven a los niños cuando son pequeños, para darles el pecho y acunarlos, pero que después de eso no sirven para nada y no tiene sentido intentar entenderse. Si ni siquiera puede uno decirles las cosas más sencillas, ¿cómo van a ayudar? En realidad es un peso, ese silencio que se impone cuando se intenta hablar con ellas. Yo decía que a mis hijos mi vida ya no les servía de nada porque ya no tenían ninguna necesidad de que los acunara ni los amamantara, eran muchachitos de rodillas sucias y pantalones remendados, ni siquiera eran lo bastante mayores como para intentar charlar con ellos. No obstante, Giovanna afirmaba que sólo hay una forma hermosa de vivir y es subirse a un tren y marcharse a cualquier país lejano, tal vez de noche. En casa tenía todo lo necesario para irse de viaje, tenía todo tipo de termos y maletas de todas las clases y hasta una bolsita para vomitar en el avión. La muchacha danesa me decía que tenía que escribir mis sueños porque los sueños nos dicen lo que debemos hacer, y también que tenía que volver a pensar en mi infancia y hablar de ella porque nuestra infancia esconde el secreto de lo que somos. Pero mi infancia me parecía muy remota y lejana, como me parecía remoto el rostro de mi madre, y ya estaba cansada de pensar tanto en mí misma, tenía ganas de mirar a los demás y entender cómo era yo. Así fue como empecé a observar de nuevo a la gente mientras holgazaneaba en el café y por las calles, hombres y mujeres con sus hijos, tal vez alguno de ellos había albergado en alguna ocasión el mismo asco en el corazón, pero luego había pasado el tiempo y se había olvidado del asunto. Tal vez alguno de ellos había esperado inútilmente en la esquina de alguna calle o había caminado en silencio durante un día entero por la ciudad polvorienta o había mirado el rostro de un muerto y le

había pedido perdón. Un día recibí una carta de mi madre en la que me decía que los niños tenían escarlatina. Entonces la vieja angustia materna me paralizó el corazón. Tomé el tren y fui para allá. Giovanna me acompañó a la estación, y husmeaba anhelante el olor de los trenes, apartándose el pelo de la frente con una sonrisa desdeñosa.

Con la frente apoyada en el cristal, contemplé cómo se alejaba la ciudad, ya privada de todo poder maléfico, fría e inocua como unas brasas apagadas. La vieja nota de la angustia materna bullía dentro de mí con el estruendo del tren, barriendo como una turbina a la muchacha danesa, a Giovanna, a la portera de la pensión, el somnífero y los elefantes mientras me preguntaba maravillada cómo había podido interesarme en cosas tan fútiles durante todo un verano.

## LOS CUERVOS VUELAN SOBRE MATERA

Cuando alguien llega a Matera le parece una ciudad como cualquier otra, hay una placita con un monumento a los caídos y palmas envueltas en paja ahora que es invierno, hay niños con impermeables de celofán y muchachas con la permanente, pequeños cafés tristes y antiguos llenos de mujeres y guirnaldas y velos pintados en las paredes, y también pequeños cafés tristes y nuevos con mesitas cromadas y espejos. En todos los cafés se pueden comer esas grandes pastas meridionales tan dulces y se siente por todas partes la tristeza habitual de las ciudades pequeñas. Pero si se va un poco más allá, la primera cosa extraña con la que te encuentras es una iglesia con calaveras y esqueletos esculpidos con la inscripción *miseremini mei, miseremini mei*. El sentido de la verdadera ciudad de Matera está en esa iglesia, porque la verdadera ciudad de Matera es una pila de huesos blancos calcinados por el sol. Si se sigue un poco más abajo por la calle normal, entre impermeables de celofán y tiendecitas viejas y nuevas, en medio de la tristeza normal de una ciudad de provincia del sur, uno se asoma y ve el Sasso: es la parte de la ciudad en la que viven los campesinos, literalmente una pila de huesos. Cuando fui yo nevaba y soplaban un viento muy frío, pero la impresión que me dio fue la de un verano sofocante y tórrido; sobre esta ciudad siempre hay un atardecer de verano sin fin. Las casas del Sasso están construidas en toba, son como extraños cercos de cavernas junto al río, que corre con un agua fangosa por un pedregal repleto de paja podrida y basura. Los cuervos vuelan en círculos en el cielo y frente a las casas ondean sábanas remendadas y grandes calzoncillos de algodón en las cuerdas, los niños pálidos y descalzos juegan entre la basura y la paja podrida y las mujeres se apresuran dando tumbos sobre los mulos hacia la lejana campiña envueltas en sus chales negros. En el interior de las casas hay un olor terrible a cerrado y a humedad de siglos, algunas casas tienen una pequeña ventana, otras no tienen ninguna y lo que se abre es la puerta; en una esquina se ve un mulo y la cuna del niño y la cama y el hornillo para cocinar, y a veces aun un cerdo y dos o tres gallinas, todos juntos; las casas en las que hay un mulo y un cerdo son las de la gente pudiente, en otras ni siquiera hay un mulo, ni gallinas, sino tan sólo una hambrienta miseria. En una casa en la que yo entré había dos o tres personas sentadas en corro alrededor de un brasero, uno era un idiota y reía, tenía los pies desnudos y amarillentos apoyados en el brasero y se estremecía al reír. Una muchacha se puso en pie, era la hermana del idiota, me dijo que no tenían mulo, que eran todos jornaleros, es decir, braceros que acudían a diario al campo para ver si les daban trabajo. La muchacha era rubia y bonita, hablaba con calma, no se podía creer que el mismo vientre la hubiese engendrado a ella y al idiota, y tenía un cuñado bombero que a veces la llevaba al cine; para él era gratis, las otras muchachas no iban al cine porque costaba dinero. Los domingos suben a la ciudad normal, donde están las tiendecitas y los impermeables de celofán y la gran oficina de correos con el emblema

fascista, los hombres se encierran a jugar a la morra en las tabernas frente a un gran vaso de vino tinto. El alquiler de una cueva del Sasso cuesta entre cuatrocientas y seiscientas libras al año, lo que puede parecernos poco, pero hay que pensar que para esas personas el dinero es algo muy distinto de lo que es para nosotros, para ellos hasta dieciséis liras son algo insólito y valioso, algo que custodiar y defender, y así desde hace siglos, no hay inflación capaz de acabar con esa concepción del dinero. Es así desde hace siglos, y por mucho que cambie el valor del dinero, nada cambia la extenuación que un hombre debe sufrir para ganar aunque sea un poco. Hay también aquí campesinos que se han enriquecido gracias al estraperlo, pero la riqueza no ha alterado su modo de vida, ni el interior de sus casas, ni su concepto del dinero como algo extraordinariamente difícil de obtener y que se defiende con la sangre; la riqueza es sólo un poco más de basura y cansancio.

Ví muchas casas del Sasso y son todas iguales, cuevas de toba construidas unas sobre otras, algunas con el mulo y el cerdo y otras sin nada, apenas una cama grande, imágenes de santos y un hornillo con unas habas. Sentada en la entrada de una de ellas había una vieja de cabellos grises esparcidos sobre los hombros a la que peinaba una niña; en la puerta ponía SE VENDE. La cueva era para venderla: encima de una pequeña ventana torcida había un orinal con un geranio. En las callejuelas que se despliegan alrededor de las casas están alineados los carros. Los que tienen mulo y carro son los pudientes. Se levantan a medianoche para cuidar al mulo, lo tienen allí, a dos pasos de la cama, luego se vuelven a dormir y se levantan de nuevo a las tres de la mañana para ir a trabajar a un campo que queda a siete u ocho o nueve kilómetros de distancia. Las mujeres se echan a la espalda a los niños y también un poco de pan y habas para comer. Cuando vuelven a casa por la noche están demasiado cansadas para cocinar, de modo que no cocinan, en la época de trabajo fuerte no cocinan nunca; durante el invierno preparan por la mañana un poco de pasta que amasan hasta darle forma de cáscara de almendra y por la noche no cocinan, comen pan o habas. La mayoría de ellos son arrendatarios y el canon que tienen que pagar en grano es tan alto que a menudo supera la cosecha, entonces se endeudan y dedican una parcela minúscula del campo que han alquilado al cultivo de habas para comer. No hay una sola persona que no tenga piojos. A los niños no los llevan al colegio porque les da vergüenza mostrarlos así, descalzos y harapientos.

En los campos, ya se sabe, hay malaria. Son muchos los que tienen malaria, pero más aún los tuberculosos. Los habitantes de Matera tienen muchos hijos y es la población con la tasa de mortalidad infantil más alta de toda Lucania. Se ven mujeres envueltas en grandes chales negros, hombres cubiertos con amplias capas negras y tropeles de niños que corren descalzos y asalvajados entre las cuevas por callejuelas cubiertas de fango y de porquería; sábanas y calzoncillos remendados tendidos para secarse, entre ristras de tomate y pimientos en las puertas; ojos negros y rostros macilentos, alguno resignado, casi insensible ya al destino de una miseria que dura desde hace siglos, alguno que ha ido a Vercelli o a Casale al servicio militar o a visitar a un primo y lo recuerda una y otra vez como si fuese una tierra prometida. Y mientras tanto, en la ciudad normal prosigue una vida completamente distinta, a un ritmo muy diferente, y hay allí quien toma el tren a Nápoles o a Turín o a Roma, y hay quien tal vez tiene una maquinilla eléctrica y quien se aburre y enciende la radio, y hay también jóvenes estudiantes cubiertos de granos que leen a Hemingway y a Sartre y están febrilmente al corriente de todo.

## MUJERES DEL SUR

Estuve hace poco en el sur y hoy, 8 de marzo, no consigo sacarme de la cabeza a las mujeres que vi allí.

Se me podrá decir que hoy es un día de fiesta y que hay que pensar en cosas alegres y no en cosas tristes, que hay que evocar motivos para el orgullo y no, por el contrario, motivos para el desánimo. Pero yo no consigo alejar del pensamiento a las mujeres de Matera y sus hijos enfermos de malaria, a las mujeres de Tricarico y sus harapos, sus miserables destinos.

Con frecuencia las mujeres de Lucania no llevan al colegio a sus hijos porque les avergüenza mostrarlos descalzos y harapientos; las mujeres de Lucania van a trabajar de noche a campos que quedan a ocho, diez kilómetros de distancia. Las mujeres de Lucania viven en casas fétidas de humedad y enferman de malaria y tuberculosis.

La infancia es breve para las campesinas. La miseria es una triste compañera que no admite juegos ni despreocupados pasatiempos. También su juventud es breve, y una vida de privaciones y de trabajo extenuante hace florecer en los rostros de esas mujeres una belleza fugaz y enfermiza. La maternidad y la lactancia devoran sus cuerpos débiles. Las prolongadas lactancias arrasan la dentadura de las madres, obligadas a no privar al niño hasta donde sea posible de un alimento natural y gratuito.

Por las calles tristes de Lucania, en los campos desolados y yermos, caminan esas mujeres, envueltas en sus chales negros, dibujando una sonrisa dócil y resignada con sus bocas sin dientes. En el Congreso del Sur que se celebró en Nápoles muchas de esas mujeres, que acudieron desde sus pueblos, recorriendo kilómetros y kilómetros a pie para llegar a la estación, vinieron con sus chales negros, con los niños agarrados a las faldas, con el hatillo del pan bajo los chales.

Vinieron a escuchar lo que se decía de ellas para ver si alguien proponía una solución a sus problemas. Escuchaban contentas, tenían la sensación de que alguien iba a mejorar su destino.

Queridas mujeres italianas, es en ellas en quienes debemos pensar, nosotras que comemos, mejor o peor, todos los días y tenemos hijos que crecen sanos y van al colegio y tienen zapatos, nosotras que vivimos en casas dignas. Es a ellas a quienes debemos decir que no seremos jamás un pueblo libre mientras, a pocos kilómetros y en nuestro propio país, personas semejantes a nosotras se ven obligadas a sufrir una condición tan trágica.



# INFANCIA

Pasé la infancia jugando sola en un jardín. No era un hermoso jardín señorial, sino un jardín más bien descuidado y selvático en el que merodeaban los gatos y al que algunos inquilinos de la casa de enfrente tiraban cartuchos llenos de mondas de patata. Mi madre llamó una vez a un jardinero, que barrió el suelo, cortó los matorrales y se llevó en un cubo todas las cacas de gato y los cartuchos, pero salió muy caro y no lo volvimos a llamar. Entre los gatos que merodeaban por el jardín había uno negro que era más asiduo que los demás. Le puse un cojín dentro de una cesta en la cocina para que durmiese allí. No había forma de hacerlo dormir en la cesta y por la noche se escapaba al jardín, pero cuando de día tenía hambre saltaba a la cocina y así se acabó convirtiendo en mi gato. Le puse un lazo rosa en el cuello. Mi padre la emprendía a patadas con él siempre que lo veía porque no le gustaban los gatos, por eso cuando mi madre escuchaba los pasos de mi padre en el rellano al regresar me decía que lo escondiera. Aquel gato negro era mi compañero de juegos en el jardín, pero tenía también otro animal inventado, una mezcla entre sapo y cerdo muy extraño y mágico. En un número antiguo del *Corriere dei Piccoli* había leído un cuento titulado «El Zameda se divierte» en el que aparecía un animal así; el Zameda era una especie de mago protector medio malo y medio bueno que sabía muchas cosas y protegía tan pronto como hacía desaires. Al principio mi Zameda era un animal abstracto, literario, que había encontrado en un cuento y trasplantado a mi vida, pero poco a poco se convirtió en una bestia muy real para mí, le excavé un hoyo a modo de boca en el jardín y le llevaba escarabajos para que se los comiera. Era una bestia con una boca muy real, muy buena y muy mala, un cerdosapo al que iba a hacer los honores todos los días, y la boca estaba rodeada de flores que recogía para él y me parecía tan real que cuando me acercaba a ella me parecía sentir su olor.

Estaba sola porque mis hermanos eran adultos y no salían casi nunca al jardín. Ninguno de ellos tenía tiempo para ocuparse de mí, ninguno tenía tiempo para darle a la infancia aquello que se le debe a la infancia. Cuando mis hermanos me hablaban era para hacerme bromas en las que casi siempre acababa cayendo. Una vez me dijeron que no era una niña sino una enana de cuarenta años, otra vez me dijeron que no era hija de papá y mamá como ellos, sino una expósita que alguien había dejado una noche en la puerta de casa. Mis hermanos iban a la universidad y llevaban barba y de cuando en cuando se liaban a puñetazos entre ellos. Se pegaban por política o por una corbata o porque los dos querían usar el baño al mismo tiempo. La casa entera resonaba entonces con gritos terribles y llantos de mi madre. Yo temblaba en el jardín frente a la boca del Zameda y le suplicaba que acudiera en mi ayuda, pero al Zameda no le gustaba mostrarse. Sucedió también en la mesa, empezaban todos tranquilos charlando con calma hasta que de pronto saltaban y acababan peleándose. Yo pensaba que tal vez aquello era algo que sólo sucedía en mi casa, que

la gente se pegara gritando de aquella manera y se hiciera sangrar la nariz. Mi familia me parecía muy diferente a las demás. No iban a misa los domingos como el resto de las personas, no rezaban a Dios, se burlaban del papa y del rey. Yo no iba al colegio porque mi padre decía que en el colegio se pillaban enfermedades, me había enseñado a leer mi madre, y en los libros que leía todos los personajes creían en la patria y el rey. Yo me puse entonces a venerar secretamente al rey y la patria en la soledad del jardín, recitando poesías patrióticas:

Venecia, tu última  
hora resuena,  
ilustre mártir,  
es tu condena;  
la plaga te asola  
el pan te falta,  
en el puente ondea  
bandera blanca.

Eran los años del fascismo y en mi casa se hablaba siempre de aquello, pero a mí no me interesaba y quería liberar Venecia de los austriacos.

Iba vestida siempre de muchacho, con pantalones de pana y una camiseta de color amarillo manchada; sólo los domingos me ponían una falda plisada gris. Pero el domingo era para nosotros un día como cualquier otro, nada de misa, nada de pasteles, nada de lo que yo leía en los libros, nada de paseos con el padre y la madre, la única señal de que era domingo era mi falda plisada. No me importaba cómo iba vestida, pero aquellos pantalones y aquellos botines de cordones y el vestido de los domingos eran para mí una de las muchas muestras de extrañeza y de anormalidad que tenía nuestra forma de vivir con respecto a las costumbres de los demás. Tenía siempre la impresión de que éramos una familia extraña, ni rica ni pobre, mucho más ricos que los pobres y mucho más pobres que los ricos, con un jardín como los ricos pero también un retrete oscuro en el que crecían los hongos, con la costumbre de ducharse a diario pero con agua fría porque la caldera estaba estropeada. En nuestro cuarto de baño no había esponja ni una pera con el tubo de goma como había visto en el cuarto de baño de ciertos amigos nuestros evidentemente muy ricos, jamás se hacían comidas con invitados, jamás había vino ni pasteles, sólo de cuando en cuando alguien pasaba por allí y lo invitaban a quedarse a comer, y comía huevos fritos y peras cocidas como hacíamos nosotros todos los días; yo me ponía contenta porque pensaba que delante de un extraño tal vez mis hermanos no se liarían a puñetazos, pero entonces estallaba una discusión y se liaban a puñetazos y luego se marchaban dando un portazo y mi madre y mi hermana lloraban y el invitado no sabía qué decir de la vergüenza.

En mitad del jardín había una pila seca con la estatuilla de un niño desnudo que tenía entre las manos un pez con la boca abierta. Yo me sentaba en la pila y escribía historias. Lo habitual era que las dejara a medias, pero en una ocasión conseguí terminar una, tenía diez páginas y se titulaba «Las proezas de madame Nieve». Hice un bonito dibujo de árboles marrones con copos de nieve y una casa con el humo azul. No estaba segura de si quería ser una gran escritora o una gran pintora, de vez en cuando quería ser también una violinista prodigio y tener un vestido de terciopelo negro con cuello de encaje y largos rizos rubios. Sostenía en los brazos un violín imaginario y se me llenaban los ojos de lágrimas cuando pensaba en lo bien que tocaba. Bien es

cierto que no tenía rizos rubios, sino una maraña de pelo negra, y aquello me ponía triste. Pero también había días en que quería ser un gran soldado y salvar a mi patria y al rey. Cuando pensaba en el rey no pensaba en un rey imaginario, sino en el verdadero Vittorio Emanuele III con su bigote blanco, y me lo imaginaba precisamente con el manto púrpura y el armiño. Mantenía un trato diario secreto con la familia real, en la pila del jardín o detrás del seto donde también estaba la boca del Zameda, y el Zameda nos daba importantes consejos sobre el gobierno de la nación. Me imaginaba que vivía con el rey y la reina en el palacio real, creo que en calidad de primer ministro, no recuerdo bien, y por la noche muchas veces me desvelaba y discutía en voz baja con ellos, un juego al que llamaba «hablar de noche». Decíamos tantas cosas graciosas que nos reíamos a carcajadas, y mi hermana, que dormía conmigo, le decía a mi madre que tal vez yo estaba medio loca o que sufría de indigestión. Una noche que me estaba riendo más de la cuenta mi hermana se levantó y me dio una bofetada. Yo me quedé aturdida y triste en la oscuridad, me parecía que ya no iba a poder hablar nunca más con mis amigos el rey y la reina, y cuando mi hermana me preguntó más tarde de qué me reía me resultó imposible decírselo. Era todo un secreto, un secreto del que me avergonzaba y que me daba placer. También el Zameda era un secreto, como mi deseo de ser una gran soldado pintora escritora violinista prodigio, el deseo de tener una melena rizada y rubia y el de tener un globo. Cuando pasaba con mi madre frente al vendedor de globos me ruborizaba del deseo de tener uno, pero no decía nada; en una o dos ocasiones me lo compraron, pero se marchitaban enseguida y languidecían prendidos al hilo, así la alegría que me brindaban era siempre muy fugaz. Por la noche me imaginaba que estaba en el palacio real con la reina y el rey y todos teníamos un globo y hasta podíamos volar agarrados al globo y había globos con forma de plátano y una vez hicimos un viaje el rey, la reina y yo en una barquilla atada a un globo y desembarcamos en una isla desierta.

Cuando era muy pequeña, en Navidad me ponían los regalos bajo la cama durante la noche y me decían que los había dejado allí el Niño Jesús, pero enseguida se cansaron de decírmelo. Después de aquello mi madre empezó a llegar con un paquete en el que había dos o tres libros cinco o seis días antes de Navidad o cinco o seis días después. Los pocos niños con los que me relacionaba recibían regalos del Niño Jesús y los encontraban por la mañana bajo la cama o bajo el árbol de Navidad. Otra cosa que deseaba febrilmente en secreto era tener en casa un árbol de Navidad con bolas de plata y copos de nieve, pero nunca hubo nada parecido; sólo una vez que mi madre estaba de buen humor dijo: «Este año también nosotros pondremos un árbol de Navidad», pero cuando llegó Navidad no se acordó, y al recordárselo me contestó: «No importa, lo pondremos en Pascua», y en Pascua tuve por fin mi árbol de Navidad, pero no era un abeto, sino un limonero pequeño que le habían regalado y en el que no había bolas de plata sino caramelos Venchi prendidos de un hilo.

No sé cuándo me liberé de los pantalones, de la familia real, del Zameda, del deseo de tener una melena rizada y rubia y del árbol de Navidad. Aquello me duró mucho tiempo. Me duró mucho tiempo la infancia, esa solitaria estación de ritos secretos, de preguntas silenciosas a las que nadie podía responder porque nunca se las hacía a nadie. No podía preguntar nada a ninguno de los adultos que me rodeaban porque todos los días los oía reírse de cosas que para mí eran sagradas. No es que no quisiera a aquellos adultos, los quería, pero eran tan terriblemente adultos, tan enemigos de cualquier historia infantil, tan incapaces de regresar a la infancia aunque fuera por un solo instante... Además, tenían muchas otras cosas que hacer. Estaban la postguerra, el hambre, el fascismo. Habían asesinado a Matteotti. A mí no me preocupaba la postguerra, el hambre ni el

fascismo. Cuando lo pensaba tenía miedo de los fascistas porque podían asesinar a mis hermanos y esparcir sus miembros por el campo como habían hecho con Matteotti; yo sabía que en mi casa no eran fascistas y tenía miedo de que llegaran los fascistas y nos quemaran la casa, como se decía que solían hacer. Pero como les temía trataba de no pensar demasiado en ellos, para mí era fácil no pensar en ellos, casi nunca salía del jardín y no escuchaba los aburridos discursos de mis hermanos, que casi siempre acababan a puñetazos, no se entendía por qué, porque en realidad estaban todos en contra de Mussolini. Pero yo me ruborizaba y sufría cada vez que mi padre decía que el rey era imbécil. Era cobarde y no me atrevía a levantarme para defender al rey, aunque aquel rey del que hablaba mi padre, culpable de haberse aliado con Mussolini y de ser un imbécil, era cualquier cosa menos el pequeño palillo con el que yo jugaba en el jardín. Y más aún cuando aquel pequeño palillo con el que jugaba en el jardín era algo que sólo existía en mi mente. A medida que iba comprendiendo aquello me iba resultando más aburrido. Y sin embargo era cobarde, era cobarde porque no me atrevía a defender las cosas en las que creía. Rezaba a Dios en secreto, le rogaba que mis hermanos no se pelearan y que tuviésemos dinero. Pero un día uno de mis hermanos me preguntó si creía en Dios y yo le contesté: «Dios existirá, pero a mí qué me importa». Lo dije para hacerme la espiritual y a mi hermano le pareció que era una gran respuesta y se lo contó a todo el mundo. Pero yo estaba desesperada porque pensaba que había dicho unas palabras sacrílegas sólo para hacerme la lista y la espiritual y le pedí perdón a Dios en mi habitación y le dije que no era verdad eso de que no me importaba.

Me duró mucho tiempo.

Para mí duró mucho tiempo la infancia. Duró quizá todo el tiempo que vivimos en la casa con el jardín. Luego nos mudamos a otra casa, a un cuarto piso desde el que me asomaba al balcón y veía calles y tejados. Luego me mandaron al colegio y enfermé como había predicho mi padre.

## EN LA FÁBRICA ALLUMINIUM SE VIVE COMO HACE CIEN AÑOS

Me encontré con Rita Montagnana, que regresaba de la fábrica Alluminium de Borgo Dora, y en la animada conversación que mantuvimos se produjo un diálogo que reproduzco palabra por palabra.

Rita me dijo enseguida que había tenido dificultades para entrar, me contó de hecho que el director y el propietario, el ingeniero Emprim, Gilardini y Bolla le habían negado la entrada a la fábrica—cosa que no le había ocurrido hasta entonces—y habían respondido groseramente a sus insistentes peticiones. Rita Montagnana visitó igualmente la fábrica gracias a que las obreras le abrieron la puerta, a despecho del propietario.

—Créeme que he visitado muchas fábricas—me dijo Rita—, te aseguro que no soy novata en estas cuestiones, pero en la Alluminium las cosas están peor que en ninguna parte.

—¿Cuántos obreros trabajan en Alluminium?—pregunté.

—Trabajan ciento setenta y ocho obreros; cincuenta y tres hombres, ciento nueve mujeres y dieciséis niños. Trabajan en cuartos sucios y oscuros en los que apenas se puede respirar. En algunas secciones se acumula el polvo porque no hay aspiradores. El trabajo es nocivo para la salud y peligroso, nocivo porque el polvo se mete en los pulmones, peligroso porque el ritmo de trabajo es intensísimo y en la prensa es muy frecuente que los trabajadores se corten las falanges de los dedos.

—¿Hay cantina?

—No, los operarios y las operarias comen en medio de la suciedad, en el mismo lugar en el que trabajan, la poca comida que llevan de casa. Según la ley de los trabajadores, la cantina es obligatoria en el caso de los trabajos nocivos para la salud, pero ahí no se respeta la ley. Lo mismo ocurre con la guardería: cuando en una planta hay más de cincuenta operarias es obligatoria por ley una guardería, pero en Alluminium no existe guardería. El trabajo es particularmente duro en la sección de lavado. Los objetos de aluminio se sumergen en ácido y las mujeres tienen las manos quemadas. Rara vez les dan guantes y nos los reemplazan cuando tienen agujeros.

—¿Cómo son las instalaciones sanitarias?

—Desastrosas. Los aseos son indecentes, en los lavabos hay poquísima agua. Hay una sola ducha en toda la fábrica. La enfermería consiste en una habitacioncita con un camastro cubierto de un dedo de polvo con unas cestas apiladas en una esquina, el suelo está sucio y lleno de cosas, no hay ni rastro de ningún médico ni enfermera.

—¿Cómo funciona la calefacción en invierno?

—La leña está racionada y hace frío. Los obreros tienen que llevar de casa su propio jabón y por cualquier cosa les ponen multas de cien liras e incluso más. Con frecuencia las mujeres encinta acuden hasta el quinto y el sexto mes de embarazo, el trabajo se efectúa de pie. Vi un caso particularmente alarmante de una madre de cinco hijos en la sección de lijado: el marido está enfermo y no trabaja desde hace años, sólo trabajan ella y una de sus hijas; aquella mujer tenía el rostro completamente extenuado por la fatiga y la miseria.

—¿No hay un inspector de trabajo que se encargue de estas cosas?

—El inspector de trabajo, que yo sepa, visita con mucha frecuencia los establecimientos, y cuando lo hace da órdenes para que se implementen reformas higiénicas, para que se instauren, por ejemplo, una cantina y una guardería, pero no se preocupa en absoluto de controlar que se cumplan dichas órdenes. Por eso los obreros, al menos en lo que se refiere a las leyes, están abandonados a su suerte; quien los defiende es la comisión interna, el sindicato. Sería necesario por encima de todo reducir el ritmo de trabajo, porque el peligro al que están expuestos continuamente los obreros de las presas aumenta debido a la velocidad que exige el trabajo. La Alluminium—concluyó Rita Montagnana—está entre las fábricas peor mantenidas que he visto nunca. Me voy a acercar en persona mañana mismo a la oficina de Inspección del Trabajo para exigirles un control, pero es necesario que los obreros y las obreras se unan y luchen para hacer valer sus sacrosantos derechos. He hablado mucho con ellos y tengo constancia de su espíritu combativo, estoy segura de que saldrán adelante.

## LOS INVÁLIDOS

Paola Fenoglio, inválida, es una señora menuda de rostro color ceniza, viste un abrigo claro y sufre de un temblor nervioso que le estremece continuamente las manos y los labios. La he estado observando durante la reunión de protesta por los despidos de ancianos e inválidos en la asociación de trabajadores de la Fiat: sentada en la primera fila, ríe con su rostro humilde, no se pierde ni una palabra y amaga todo el tiempo con aplaudir, pero al instante mira a su alrededor y, como los otros no lo hacen, recoge de nuevo las manos en el regazo, sacudida en todo momento por ese temblor. Junto a ella se sienta un jovencito con bastón y grandes manchas blancas en el pelo negro; padece esclerosis múltiple, como ha dicho él mismo poco después: se llama Umberto Sasso, tiene cuarenta y dos años, seis hijos pequeños a cargo, dos de ellos allí, en la colonia Fiat, y ahora que le han enviado la carta de despido tiene miedo de que los manden de vuelta a casa. En la carta de despido le aseguran que se le «dispensarán» ciento veinte mil liras de finiquito, tiene una antigüedad de dieciocho años cotizados. Paola Fenoglio no tiene más que diez años cotizados, su finiquito es de setenta y cinco mil liras, ha trabajado de noche durante los bombardeos y se ha enfermado de ese temblor; está sola, no tiene a nadie en el mundo, vive en un desván. Nicola Pasquale es ciego: ha venido a la reunión acompañado de su hijo, un muchacho de doce años. Ha querido hablar, se ha acercado al micrófono y ha dicho: «Tened valor, compañeros, no aceptéis esos finiquitos miserables, resistid como he resistido yo durante muchos años, yo, que soy ciego», luego se ha sentido mal y se ha venido abajo, todo el mundo en la sala se ha puesto a llorar. Hemos charlado un poco también con él: enfermó en el 43 y perdió la vista de pronto, «se me quedaron los ojos en blanco», afirma. Vive con su mujer y su hijo en casa de una tía: el médico de la Mutua le ha dicho que tendría que operarse, no recuperaría completamente la visión, pero podría caminar solo por la calle; ahora con la carta de despido la esperanza de la operación se ha esfumado, porque perderá el derecho a la asistencia médica: ha trabajado doce años en la Fiat. Los compañeros de trabajo le quieren mucho, lo llaman por su nombre, se arremolinan a su alrededor con afecto aunque no ha vuelto a la fábrica desde que se quedó ciego, hace ocho años. También Mario Serramoglia ha estado a punto de perder la vista, estuvo ciego unos años, pero luego mejoró notablemente y ahora dice que se sentiría capaz de realizar ciertos trabajos como fabricar ruedas de bicicleta: él también ha recibido la carta de despido.

A diario corremos el peligro de perder el verdadero significado de las palabras. A diario corremos el peligro de convertirnos en personas aisladas e indiferentes. Corremos el peligro de pronunciar las palabras de una manera mecánica, de decir y escuchar palabras que no evocan nada, que no despiertan ningún sentimiento concreto en nosotros. Pero el verdadero significado lo recuperamos de golpe cuando nos encontramos cara a cara con casos humanos. He de decir que la

palabra *inválidos* yo la he pronunciado, leído y escuchado muchas veces sin ver nada, sin darme verdadera cuenta de hasta qué punto podía designar algo trágico. Ahora sé quiénes son los inválidos porque he comprendido de pronto lo que significa haber trabajado muchos años y que te echen a la calle con una carta y unos cuantos billetes de mil que ya se sabe lo que valen y cuánto duran. Y no resignarse a la irrisión de ese poco dinero, que debe ser incluso una tentación poderosa cuando no se sabe cómo resolver el problema inmediato de lo cotidiano, pues supondría un alivio inmediato por mucho que dejara al instante las manos vacías.

Los viejos, los inválidos de la asociación de trabajadores de la Fiat nos han dado a nosotros, jóvenes que tenemos unos trabajos en los que no corremos ni el peligro de la enfermedad ni el de la muerte, una tremenda lección de coraje.



## VISITA A LOS ALTOS HORNOS

A los altos hornos los llaman «la fábrica de los infortunios», y los obreros de la comisión interna que me acompañaron por la planta que había recibido el permiso de visitar me iban señalando con el dedo las máquinas en las que algunos de sus compañeros habían muerto o quedado mutilados.

He estado dos veces en los altos hornos. La primera vez no tenía el permiso y no pude ver la planta. Para ir a la caseta de la comisión interna se atraviesa un patio completamente cubierto de hierros oxidados y de ruedas de ferrocarril en desuso. Se trata de un patio enorme y para atravesarlo hay que caminar durante más de diez minutos. Por en medio corre el agua, de la que emana vapor. Sobre el puente hay un espacio abierto en el que se ven vigas de hierro ya terminadas. La primera mañana eso fue lo único que vi.

La segunda mañana conseguí el permiso y entré en las salas. No me resulta fácil describir lo que vi porque carezco del vocabulario técnico necesario, pero aun así intentaré describir las impresiones que provocó en mí. Son salas enormes en las que hace un calor y un estruendo tremendos. Junto a los hornos el aire es incandescente y para poder observar cómo se funde el hierro es necesario ponerse una pequeña plancha azul frente a los ojos. Arriba, en el techo, se mueven unos carritos con unos largos ganchos bamboleantes y debe irse con cuidado para evitar ser embestido por alguno de ellos.

Se suben escaleras y escalerillas y a ratos uno se ve envuelto en rachas de aire ardiente. Grandes bloques de hierro incandescente pasan, entre chispas y salpicaduras de agua, bajo una máquina de la que salen lisos y finos; pasan de una máquina a otra y cada vez salen más lisos y más finos. Para pasarlos de una máquina a otra los hombres los levantan con una especie de tijeras enormes. Levantar esas vigas de hierro incandescente conlleva un peligro constante: el trabajo requiere, además de una gran fuerza física, una destreza extraordinaria y una continua tensión nerviosa. Me dicen que todos los obreros de los altos hornos sufren de soplos en el corazón por la constante fatiga a la que se ven sometidos: yo creo que el corazón enferma también debido a esa tensión permanente, a esa sensación de peligro que no cesa ni un minuto.

Aparte de las vigas y los tubos vi fabricar láminas: enormes folios incandescentes a los que se hace girar dando vueltas en torno a un cilindro, se los somete luego a la acción de no sé qué ácido en otra sala que se llena de un humo deslumbrante y un olor insoportable.

Me aseguran que durante el verano las temperaturas llegan a alcanzar los sesenta grados. Sin embargo, en invierno la diferencia de temperatura entre el aire candente de los hornos y el hielo de fuera, imagino, también debe de ser dañina para la salud, sobre todo para los pulmones, y por lo tanto más terrible para los obreros de los altos hornos que el calor sofocante del verano.

Cuando suena la sirena del mediodía el comedor de la Fiat manda a los altos hornos unos

bidones con sopa, pero la sopa no es buena y sólo la toman el veinticinco por ciento de los obreros. En los altos hornos no hay comedor. En medio del fragor incesante de los hornos, en mitad de ese aire sofocante, los obreros se sientan por turnos en un banco y comen la comida que han traído de sus casas. Y dudo que tengan la posibilidad de alimentarse como corresponde, con su salario les resulta imposible: no sólo no pueden permitirse la sobrealimentación indispensable para quien está sometido a un trabajo pesado, sino que ni siquiera tienen una alimentación normal, pues deben hacerse cargo de sus hijos pequeños y hacer frente al pago del alquiler de sus casas, de la luz y el gas.

Los hornos no se apagan nunca, deben permanecer siempre encendidos, y las cuadrillas de obreros se alternan para alimentar el fuego. En los altos hornos trabajan alrededor de seis mil obreros: seis mil hombres que afrontan a diario la fatiga y el peligro, siempre con miedo al día en que ya no les queden fuerzas y no puedan trabajar más. Los altos hornos los echarán entonces a la calle, como si fuesen hierros demasiado oxidados para que se puedan utilizar de nuevo.

## LA CASA

Hace años, y tras vender un apartamento que teníamos en Turín, nos pusimos a buscar una casa en Roma, y la búsqueda de esa casa duró mucho tiempo.

Yo deseaba desde hacía años una casa con jardín. De niña había vivido en Turín en una casa ajardinada y la casa que deseaba e imaginaba se parecía a aquélla. No me habría contentado con un pequeño jardincito, quería árboles, una pila de piedra, matorrales y senderos, quería todo lo que había tenido en aquel jardín de la infancia. Cuando leía los anuncios de *Il Messaggero* los jueves y los domingos, me detenía sobre los que decían «chalet con amplio jardín de dos mil metros cuadrados, árboles de tronco alto», pero tras una llamada telefónica al número indicado en el anuncio me enteraba de que «el chalet» costaba treinta millones, y nosotros no teníamos treinta millones. De cuando en cuando, sin embargo, la voz que respondía a mi llamada decía «treinta millones negociables» y aquella palabra, *negociables*, me impedía renunciar del todo a aquellos dos mil metros cuadrados de jardín que no me atrevía a ir a ver pero que imaginaba magníficos: me parecía como si aquel *negociables* fuese un terreno resbaladizo sobre el que me podía deslizar hasta la suma, muy inferior a treinta millones, de la que disponíamos. Todos los jueves y los domingos, recorría puntualmente con la mirada los anuncios de *Il Messaggero*. Me saltaba todos los que comenzaban con «AAAA». No sé por qué desconfiaba de todas aquellas aes. No es que desconfiara de las agencias, no me habría importado recurrir a ellas (llegué a visitar algunas), pero, en fin, me saltaba las de las «AAAA».[1] Y como quería un jardín, y por tanto una planta baja, me saltaba también todos los anuncios que comenzaban con «ático», «sobreatico» o «con vistas». Me lanzaba sobre los que comenzaban con «casa», «casita», «chalet». «Chalet en zona residencial diplomática excelentes acabados gran jardín». «Chalet señorial, majestuoso, gran versatilidad, actores, profesionales, empresarios. Calefacción individual. Jardín arbolado». Después de haber ido a ver dos o tres «casitas» y de haber descubierto que eran demasiado tristes y que el jardín no era más que una estrecha acera de piedra cercada por un seto empecé a descartar las «casitas» y a subrayar con lápiz los «chalets». «Chalet de diez años de antigüedad amplio salón patio de cerámica calefacción jardín arbolado». «Casa tres plantas amplio jardín ideal sede diplomática comunidad religiosa. Vendo. Me detenía durante unos instantes en anuncios de casas o terrenos a las afueras de Roma pensando que nos podríamos trasladar al campo. «Zona Frosinone vendo cantera de grava sobre carretera adyacente a olivar. Gran oportunidad». Mi marido echaba un vistazo a los anuncios que yo había subrayado y me preguntaba qué íbamos a hacer los dos en una casa para una comunidad religiosa, nosotros que no nos parecíamos en nada a una comunidad religiosa, y sobre todo qué íbamos a hacer con una «cantera de grava» en la zona de Frosinone, nosotros que teníamos que estar en Roma y que necesitábamos una casa.

Al principio mi marido se abstenía de buscar y me observaba subrayar los anuncios como si hubiese sido presa de una discreta locura. Solía decir que en el fondo él estaba perfectamente a gusto en la casa de alquiler en la que vivíamos, aunque me daba la razón en lo de que andábamos un poco justos de espacio. Admitía, aunque con desgana, que tal vez era oportuno comprar una casa porque el dinero que se emplea en el alquiler es un dinero que se tira por la ventana. Aun así, repito, al principio la mía fue una búsqueda solitaria y un poco alocada; le leía en voz alta aquellos anuncios de *Il Messaggero* y él escuchaba habitualmente con un silencio irónico y despreciativo que me descorazonaba y que a la vez me arrojaba con más ahínco al camino de la locura, como si comprar una casa me pareciera imposible y, al no contar con su consentimiento, me limitara a perseguir sueños imposibles y sombras que sabía que no tendrían ninguna consecuencia real. Llegué incluso a visitar algunas de las casas de aquellos anuncios, y aunque mi marido sabía que iba, se negaba a acompañarme. En el curso de aquellas expediciones yo me sentía acompañada por la desconfianza absoluta de mi marido en mi capacidad para encontrar una casa. Luego, de pronto, también él se puso a buscar. El origen de aquella determinación imprevista fue, creo, que le pidió consejo a un cuñado y éste le desaconsejó comprar una casa en un momento como aquél, pues en tres o cuatro años las casas habrían bajado de precio; previsión que finalmente resultó ser equivocada, porque en Roma las casas no hacen sino subir de precio, de modo que no nos convenía esperar a que subieran todavía más. En muchas ocasiones pude comprobar la costumbre de mi marido de pedirle consejo a aquel cuñado para luego hacer exactamente lo contrario de lo que nos sugería, pero siempre alababa la sabiduría y la astucia de aquel pariente nuestro y necesitaba consultarle en todas las circunstancias de naturaleza económica y práctica, es decir, en todas las situaciones en las que él mismo se sentía incapaz de tomar una decisión. Mi padre, sin embargo, me escribía constantemente desde Turín pidiéndome que compráramos una casa, o mejor, como le gustaba decir a él, «una residencia», término que, en aquel lenguaje arcaico suyo que empleaba sobre todo por carta, significaba un apartamento. Por aquel entonces, en ese apartamento de alquiler que se nos había quedado pequeño, la chica de servicio dormía en el comedor, cosa que mi padre consideraba antihigiénica, y uno de mis hijos en el estudio, cosa que mi padre consideraba sumamente indecorosa. En cuanto a mi suegra, trataba de disuadirnos de la idea de cambiar de casa porque el apartamento de alquiler en el que vivíamos tenía un suelo de baldosas amarillas del que, según ella, emanaba una luz que daba buen color a la piel; por ello nos aconsejaba, si de verdad queríamos comprar una casa, que convenciéramos al propietario de que nos vendiera aquélla, algo que era, como tratamos de explicarle en numerosas ocasiones, completamente imposible, porque ni el propietario deseaba venderla ni nosotros, por varios motivos, deseábamos comprarla.

Hubo por tanto dos períodos de búsqueda: uno en el cual busqué sola, con ansia pero también con prudencia y desconfianza, porque me había contagiado del recelo y la desconfianza de mi marido y porque en iniciativas de naturaleza práctica necesito contar siempre con el asentimiento de otra persona, y luego otro período en el que mi marido me ayudó en la búsqueda. Cuando empezó a buscar conmigo descubrí que la casa que quería él no se parecía en nada a la que quería yo. Descubrí que él, al igual que yo, deseaba una casa parecida a aquélla en la que había pasado su infancia. Y como nuestras infancias no se parecían, el desacuerdo entre ambos era irremediable. Yo deseaba, como ya he dicho, una casa con jardín: una planta baja, tal vez un poco oscura, rodeada de verde, hiedra, árboles. Él, como había pasado parte de su infancia en via dei Serpenti y parte en el barrio de Prati, se sentía atraído por las casas que estaban situadas en

aquellas dos zonas. El verde y los árboles le traían sin cuidado: quería ver los techos de los otros edificios desde las ventanas: muros antiguos, desconchados, roídos por el tiempo, ropa interior tendida, mecida por la brisa en callejones húmedos, tejas musgosas, canalones rugosos, chimeneas, campanarios. De modo que empezamos a discutir, porque él descartaba todas las casas que me gustaban, le parecía que eran demasiado caras o que tenían algún defecto, y como ahora él también leía los anuncios, subrayaba con lápiz sólo las casas en el centro de Roma. Me acompañaba a ver las casas en las que me interesaba yo, pero antes incluso de que subiéramos las escaleras la expresión de su rostro era ya tan sombría, su silencio tan colérico y despreciativo, que yo sentía que hacerle mirar a su alrededor con ojos compasivos, intercambiar cualquier palabra cortés con el portero o con el propietario que iba delante abriéndonos las puertas, era una empresa imposible. Le confesé entonces cuánto detestaba su manera de tratar a aquellos pobres porteros o aquellos pobres propietarios que no tenían ninguna culpa de que a él no le gustaran sus casas, y después de aquella observación mía se empezó a comportar con los porteros y los propietarios de una manera extraordinariamente educada, ceremoniosa, casi servil: manifestaba un profundo interés por el apartamento, husmeaba en todos los armarios empotrados e incluso enumeraba los cambios que sería conveniente hacer. Las primeras veces yo me dejé llevar por el engaño y hasta me ilusioné con que la casa que estábamos visitando le gustaba un poco, pero no tardé en darme cuenta de que su amable comportamiento era irónico con respecto a mí y que ni siquiera se le pasaba por la cabeza la idea de comprar la casa.

Recuerdo con una precisión extraordinaria la desolación que me producían algunas casas que me interesaban; algunas casas de Monteverde Vecchio, amarillentas, decrepitas, en un estado de profundo abandono: jardincitos húmedos, largos pasillos oscuros, lámparas de hierro forjado de luz mortecina, saloncitos de cristales de colores en los que se veía a dos viejecitas sentadas con la bolsa de agua caliente, cocinas con olor a fregadero. Y la desolación de algunas casas que le interesaban a él: un desfile de habitaciones grandes como graneros con suelo de ladrillo y paredes blanqueadas con cal, racimos de tomates colgados del techo, retretes a la turca, balcones estrechos que daban a patios profundos y húmedos como pozos, terrazas en las que se pudrían montones de trapos. Estaba claro que a los dos nos gustaban casas completamente distintas, pero había un tipo de casa que detestábamos por igual. Ambos detestábamos en la misma medida las casas del barrio de Parioli, seminuevas, suntuosas y gélidas, mirando a unas calles sin tiendas en las que sólo había bandadas de *nurses* con cofia azul empujando sillas de ruedas negras y ligeras como insectos, y ambos detestábamos las casas del barrio de Vescovio, encajonadas en una maraña de calles y plazas repletas de charcuterías y droguerías, de mercados cubiertos y de redes de tranvía. A pesar de todo, a veces íbamos a ver también aquellas casas que detestábamos. Las íbamos a ver porque ya nos había poseído el demonio de la búsqueda, las íbamos a ver para poder odiarlas más, para imaginarnos con espanto, durante unos instantes, exiliados en Parioli como peces rojos en una pecera, o asomados a aquellos balconcitos que parecían canastos de flores. Cuando regresábamos cansados a nuestro apartamento de alquiler nos preguntábamos si de verdad era tan importante aquello de cambiar de casa. Nos decíamos que en el fondo tampoco nos importaba tanto, lo cierto era que ahí estábamos bien. De aquella casa yo conocía hasta la última mancha de la pared, cada grieta, las marcas negras que habían quedado sobre los radiadores; conocía el ruido de las planchas de hierro que dejaban frente al portal porque el propietario tenía un taller justo al lado y cuando íbamos a pagarle el alquiler nos recibía entre un destello de llamas oxídricas y un zumbido de motores. Cada vez que le pagábamos el alquiler nuestro casero

parecía asombrado, siempre parecía no recordar que había alquilado aquel apartamento, apenas parecía reconocernos, pero siempre era muy amable, parecía siempre muy absorto en su taller y en la llegada de las planchas de hierro que caían sobre el empedrado con un fragor sordo. Yo me había construido mi guarida en aquella casa. Una guarida en la que, cuando estaba triste, me escondía como un perro enfermo para tragarme las lágrimas y lamerme las heridas. Aquel lugar me resultaba tan cómodo como unas viejas pantuflas. ¿Para qué iba a cambiar? Cualquier otra casa me habría resultado hostil y la habría habitado con rechazo. Veía desfilar frente a mí, como en una pesadilla, todas las casas que habíamos visto y que por unos instantes habíamos pensado en comprar: todas me inspiraban rechazo. Habíamos pensado en comprarlas, y sin embargo al renunciar a ellas habíamos sentido un profundo alivio, una sensación de ligereza, como si se hubiese esfumado milagrosamente un peligro mortal.

¿Acaso podía cualquier casa, todas las casas, convertirse en una guarida con el tiempo? ¿Podrían acogerme en su penumbra benigna, cálida y tranquilizadora?

¿O era tal vez que yo ya no deseaba vivir en ninguna casa, en ninguna en absoluto, porque aquello que creía odiar no eran tanto las casas como a mí misma? ¿No sería más bien que todas las casas, todas, eran adecuadas con tal de que las habitara cualquier otra persona que no fuera yo?

Finalmente fuimos nosotros quienes pusimos un anuncio en *Il Messaggero*. Discutimos mucho sobre el texto del anuncio y al final quedó como sigue: «Se busca para compra apartamento en Prati o Monteverde Vecchio, cinco habitaciones, terraza o patio trasero». La palabra *terrazza* la había querido añadir mi marido porque sentía predilección por las terrazas y detestaba, como se había ido revelando poco a poco, los jardines. En los jardines, decía, acaba todo el polvo y la basura de las terrazas de arriba. Así fue como se esfumó mi sueño de un jardín, porque un montón de basura cubrió todos aquellos «árboles de tronco alto» y aquellos senderos en sombra que acunaba mi imaginación. Algunas personas respondieron a aquel anuncio, pero las casas que ofrecían no estaban ni en Prati ni en Monteverde Vecchio, y no tenían ni terraza ni jardín. Diez días después de la publicación del anuncio aún sonaba el teléfono de vez en cuando y nos ofrecían casas. Una noche el teléfono sonó a las diez y escuché una voz de hombre poderosa, alegre y triunfante que no conocía y que me dijo: «¡Hola! ¡Soy el comendador Piave! ¡Tengo un apartamento precioso en piazza della Balduina! ¡Es realmente precioso y tiene telefonillo! ¡En el baño principal hay una columna de alabastro negro con mosaicos que representan peces de colores verdes! ¿Cuándo vendrán a verlo? ¡Llámeme por teléfono y si no estoy yo le contestará mi mujer! ¡Tiene telefonillo! ¡Si su marido vuelve en coche a la una le puede avisar desde el portal para que ponga a hervir los espaguetis! ¡También tiene garaje! ¿Cuándo vienen? Mi mujer y yo estaremos encantados de conocerles, podríamos tomar el té todos juntos, yo les acompaño en coche a ver el apartamento, ¡tengo un Spider! Mi mujer no conduce, pero yo conduzco desde los diecisiete años. El apartamento lo hice construir para mi hija, pero al final se ha ido a vivir a São Paulo, a Brasil, mi yerno es brasileño, comerciante de telas, se conocieron en Fregene. Tengo también otra casa en Fregene, una joya, ésa no la vendo, ¿cómo la voy a vender si mi mujer y yo pasamos allí todos los fines de semana? ¡Tengo un Spider!». Aunque llevaba muchos años viviendo en Roma, no sabía dónde estaba piazza della Balduina. Se lo pregunté a mi marido y me contestó que estaba en una zona que detestaba.

Vimos tres o cuatro casas que estuvimos a punto de comprar. Por lo general nuestro deseo de comprar una casa duraba dos semanas. En aquellas dos semanas no hacíamos más que ir a verla a

cualquier hora del día, nos hacíamos amigos del portero y le dábamos propinas, o llevábamos a nuestros hijos y luego a mi suegra, y al final incluso al cuñado cuya sabiduría tanto alababa mi marido. A nuestros hijos había que suplicarles para que fueran, decían que a ellos no les importaban nada las casas y se mostraban escépticos sobre si al final acabaríamos comprando alguna, les parecíamos demasiado indecisos. Mi suegra se fijaba sobre todo en los suelos, y si encontraba, por ejemplo, alguna baldosa suelta emitía un juicio negativo sobre la totalidad de la casa. En cuanto a nuestro cuñado, se plantaba habitualmente en la entrada y observaba atentamente las paredes, alto y serio, golpeándose rítmicamente el pecho con los dedos de una mano por debajo de la chaqueta y balanceándose sobre los talones. Siempre tuvo una opinión negativa de las casas y, por encima de todo, de la mera idea de comprar una, en todas encontraba algún defecto, siempre distinto y alarmante, o aseguraba que sabía de buena tinta que la empresa no era seria o que justo enfrente iban a construir un rascacielos que nos tataría las vistas, o sabía que toda esa zona no iba a tardar en demolerse tras expropiar a los propietarios, que se verían obligados a marcharse a otra parte; no había casa que no le pareciera oscura, húmeda, mal construida o maloliente, y sostenía que las únicas casas que debíamos considerar eran las que se habían construido hacía veinte años, ni antes ni después, y esas eran exactamente las que no nos gustaban.

La primera casa que pensamos en comprar seriamente se encontraba en los alrededores de viale Trastevere. Más tarde, al recordarla, empezamos a llamarla «Montecompatri», porque al estar en lo alto de una especie de colina mi marido decía que se respiraba un aire purísimo. «¿Te has dado cuenta—decía—de que corre un aire como si uno estuviera en Montecompatri?». Montecompatri era una casa de obra nueva que nunca había sido habitada. Estaba construida en el borde de un precipicio, en un barranco cubierto de vegetación que descendía hasta la avenida justo a la altura en que ésta se ensanchaba hasta formar una explanada, donde habían puesto una feria para niños. Hoy, varios años después, ya no existen ni el barranco cubierto de vegetación ni la feria para niños. Hoy no hay allí más que casas. Tantas que cuando paso por allí me resulta imposible reconocer aquella que quisimos comprar y que se asomaba alta y estrecha como una torre sobre el vacío. Tenía una terraza y una enorme sala de estar con amplios ventanales que se abrían sobre aquella vorágine verde y selvática; fuimos muchas veces al atardecer, porque a aquella hora el panorama era desolado y solemne, con la ciudad lejana y llameante entre nubes de fuego. La casa era propiedad de una empresa cuyo número de teléfono estaba escrito en un cartel que habían clavado con un palo en mitad de aquella vorágine verde, pero el número daba siempre ocupado o no respondía nadie; el portero nos animaba a insistir, cosa que hacíamos puntualmente, aunque sin éxito. El portero era un hombre muy simpático y amable que parecía entusiasmado con la idea de que fuésemos nosotros quienes comprásemos la casa. Un día acudimos resueltos a comprarla: eran las tres de la tarde, el sol caía a plomo sobre la terraza de azulejos calientes. Nos pareció que del barranco llegaba un fuerte olor a basura y, de hecho, había un montón de basura en el que no habíamos reparado hasta ese momento, el sol achicharraba la hierba pocos metros por encima de la feria para niños. La feria estaba muda y desierta, las grandes norias permanecían inmóviles y los toldos bajados; a lo lejos la ciudad bullía, recortada contra un cielo de un azul deslumbrante. Pensé que quizá aquellas vistas fueran estupendas, pero evocaban pensamientos suicidas.

Así fue como huimos de aquella casa para siempre. Mi marido dijo que se había dado cuenta de que la escalera era horrible, demasiado ostentosa y rebuscada, y en el vestíbulo, a dos pasos de

la cabina del simpático portero, había también una araña negra y dorada. Mi marido comentó que no habría sido capaz de ver a diario aquella araña negra.

Después nos encantaron dos casas idénticas, una pegada a la otra, ambas en venta. Estaban en la zona de piazza Quadrata, una zona que mi marido detestaba. A mí, sin embargo, me encantaban los alrededores de piazza Quadrata porque había vivido allí hacía muchos años, cuando aún no había conocido a mi marido, cuando ni siquiera sabía que existía. Los alemanes estaban en Roma y yo me había escondido en un convento de monjas de aquella zona, y pensé que amaba de Roma todos los lugares en los que había echado raíces en algún momento de mi vida, los lugares en los que había sufrido, pensado en el suicidio, las calles por las que había caminado sin rumbo.

De las dos casas idénticas que quedaban cerca de piazza Quadrata, una tenía jardín. A mi marido lo que más le gustaba de aquella casa era la escalera interior, que conducía a un sótano en el que había una cocina enorme y un comedor largo y angosto. Por lo general, siempre que nos gustaba una casa no hacíamos más que detenernos a contemplar los rincones y habitaciones que nos gustaban y tratábamos de ignorar todo lo demás, por eso mi marido no hacía más que subir y bajar por aquella escalera, que era de caoba, brillante, y que a él le parecía «de estilo inglés»: subía y bajaba acariciando la barandilla como si fuese la grupa de un caballo. Admirábamos juntos la cocina, recubierta de baldosas con florecitas celestes. Por amor a aquella escalera y a aquella cocina estábamos dispuestos a olvidar el hecho de que había una habitación de menos; pondríamos un tabique, nos inventaríamos una habitacioncita en un pasillo. Mi marido pareció olvidarse no sólo del odio que sentía por aquella zona sino también de todo lo que había dicho siempre acerca de los jardines traseros sobre los que llueve el polvo y la basura desde todos los balcones. En el jardín había una estatua pequeña y una pérgola con unos bancos de piedra, y pensamos que quizá podríamos construir un pequeño pabellón en medio de aquel jardín para que durmiera uno de nuestros hijos, resolviendo así el problema de la habitación que faltaba. La casa de al lado no tenía un jardín propio y verdadero, sino un sencillo y estrecho pasillo verde. De esa casa nos gustaba sobre todo una habitación cuya galería daba al jardín de la otra casa; la habitación estaba decorada con muebles blancos y dorados que nos parecían muy bonitos. Aunque sabíamos que el propietario se los habría llevado con él, pasábamos mucho tiempo en aquella habitación porque nos gustaba y porque tratábamos de entender si nos habría gustado igual vacía o decorada con nuestros muebles desvencijados y simplones, y luego tratábamos de imaginar si preferíamos admirar el jardín desde lo alto de aquella galería o admirar la galería escondidos bajo la pérgola. Sería bonito, dije yo, poder comprar las dos casas. Mi marido me recordó que no teníamos dinero ni siquiera para comprar una, y luego me dijo que era una loca y una megalómana. Discutimos mucho por aquellas dos casas. No es que mi marido sintiese preferencia por una de ellas o que fuese yo la que la sentía, no, ambos teníamos muchas dudas y nos acusábamos el uno al otro de ser incapaces de tomar una decisión, y por si fuera poco mi marido empezó a decir de nuevo lo mucho que detestaba desde su más tierna infancia la zona de piazza Quadrata. Les preguntamos a nuestros hijos y ellos contestaron que también detestaban aquella zona, pero que les gustaría dormir en el pabellón del jardín, un pabellón que ni siquiera existía pero por el que ya se peleaban porque todos querían dormir en él. En cuanto a mi suegra, nos acompañó un día a ver la casa del jardín de verdad, pero lo hizo justamente la mañana en la que estaban levantando y alquitranando los suelos, y por como estaban poniendo el alquitrán mi suegra creyó intuir que aquellos suelos no iban a estar jamás como Dios manda, que siempre iban a dar problemas y molestias, de modo que nos disuadió con resolución de comprar aquella casa y ya de paso también



la otra, en la que ni siquiera había podido entrar aquel día, porque también en la otra, decía mi suegra, los suelos debían de tener el mismo defecto.

Después de un período en el que detesté todas las casas de Roma, pasé una temporada en la que, sin embargo, creí adorarlas todas, tanto que me resultaba imposible elegir una sola; más tarde, cuando ya quedó claro que no nos compraríamos ni la casa con la galería ni la casa con la pérgola, empecé a detestarlas de nuevo. Entretanto recibía cartas de mi padre que empezaban invariablemente con las mismas palabras: «Me gustaría decirte que harías muy bien en comprar una residencia».

Y de cuando en cuando sonaba el teléfono y se oía la habitual voz poderosa y alegre: «¡Hola, soy el comendador Piave! ¡Todavía no se han pasado a ver el apartamento de piazza della Balduina! ¡Es precioso! ¡Los alféizares son todos de ónix negro y los suelos son de mármol! ¡Y tiene telefonillo! ¡Les podría dejar hasta las plantas de interior, mi mujer tiene una azalea rosa que es una auténtica maravilla! ¡Mi mujer es una apasionada de las plantas!».

Hubo también otra casa que estuvimos a punto de comprar. Era una casa que no tenía ninguna cualidad, salvo la de ser barata. Estaba también en viale Trastevere, en una calle empinada que tras veinte minutos de caminata llevaba hasta el Gianicolo. «¿Te das cuenta de que en pocos minutos se llega al Gianicolo?», decía mi marido alabando aquella casa. Pero desde las ventanas no se veía el Gianicolo, en realidad no se veía nada desde las ventanas, nada, sólo un tejado de uralita y un muro amarillento, otras casas, ni altas ni bajas, y la calle. La calle era tranquila y a menudo estaba desierta. La casa era un «chalecito» de dos pisos que quedaba entre una colchonería y una bodega. Tenía un portón gris de una sola puerta, tenía una azotea con un emparrado seco. No era ni nueva ni vieja, era una casa sin carácter y sin edad. Por aquel portoncito se entraba a un recibidor de baldosas que imitaban el mármol y desde allí a una gran escalera de barandilla gruesa; en la planta baja estaban la cocina, el baño y un trastero en el que el propietario guardaba un montón de sillas. En el piso superior había una serie de habitaciones, ni grandes ni pequeñas, puestas en fila una tras otra a lo largo de un pasillo de baldosas que imitaban el mármol; todas las habitaciones daban a la calle, aquella calle empinada que subía al Gianicolo pero no tenía aspecto de llevar a ninguna parte, una calle que parecía no servir para nada, que tenía un aspecto abandonado y casual, una calle extraña, decía mi marido, que tal vez el día de mañana se convertiría en una calle muy importante, esencial, una arteria de unión entre el Gianicolo y viale Trastevere, por lo que si comprábamos aquella casa era posible que al poco tiempo nos encontrásemos en una zona buscadísima de la ciudad, una zona esencial, y entonces aquella casa que habíamos comprado por poco dinero crecería tanto de valor que la podríamos revender por más del doble. Pero si la idea era revenderla, decía yo, ¿para qué comprarla? Luego nos veríamos obligados a tener que buscar casa otra vez.

No sólo la calle era extraña y nada desagradable, decía mi marido, sino que también la casa era bastante extraña y nada desagradable. La entrada no, la entrada era fea, aquellas baldosas que imitaban el mármol eran realmente horribles. La escalera no era desagradable, y tampoco lo era la terraza. («Te tienes que imaginar, donde está esa parra seca, una parra verde. Imagínatelo. No tienes imaginación»). No llevamos a nadie a ver aquella casa, no hablamos de ella con ningún ser viviente, tal vez porque nos avergonzaba un poco.

Luego un día, caminando por la ciudad, vimos un cartel de SE VENDE en un portal y entramos. Así fue como encontramos la casa.

Era una casa en el centro. A mi marido le gustó porque estaba en el centro, porque era el

último piso, porque se veían los tejados desde las ventanas. Le gustó porque era vieja, grande, recia, porque tenía viejos techos de gruesas vigas y revestimiento de travertino en algunas habitaciones. Yo era la primera vez que oía hablar del travertino. Y a mí, ¿por qué me gustó? No lo sé. No estaba en la planta baja, sino en el último piso. No tenía jardín y no se veía ni un árbol en la distancia. Piedra en mitad de la piedra, estaba encajada entre chimeneas y campanarios. Tal vez me gustó porque estaba a dos pasos del despacho en el que había trabajado hacía años, cuando aún no conocía a mi marido, los alemanes se acababan de marchar de Roma y habían llegado los estadounidenses. Yo iba a aquel despacho todos los días y todos los días metía el pie, por superstición, en un hueco del adoquinado que tenía forma de pie. Aquel hueco estaba justo en la entrada de una cancela. Abría la cancela y subía la escalinata. El despacho estaba en el primer piso y daba a un viejo patio en el que había una fuente. Aquella fuente, aquella cancela, aquel hueco en el adoquinado estaban literalmente a un paso de la casa que visitamos una mañana mi marido y yo y de la que salimos resueltos a vivir en ella. La fuente, el patio, la cancela, el hueco del adoquinado seguían existiendo, pero el despacho ya no estaba. Las habitaciones que durante un tiempo había ocupado aquel despacho habían vuelto a ser lo que eran antes de la guerra, es decir, estancias de la vivienda de una vieja condesa. A pesar de todo, todavía era un lugar de la ciudad que reconocía como un lugar amigo, un rincón donde en otra época me había construido una guarida. No era que hubiese sido feliz en aquel despacho, al contrario, había sido profundamente infeliz. Pero me había construido una guarida, y el recuerdo de aquella guarida que me había construido hacía tantos años me impedía sentirme como una extraña que había acabado por error entre aquellas calles y callejones. Por eso al pensar en aquella casa no sentía ninguna congoja. Todos nos desaconsejaron comprarla. Nos dijeron que al ser tan vieja seguramente estaba llena de desperfectos, de tuberías rotas, de grietas secretas. Nos dijeron que seguro que tenía goteras, que seguro que había cucarachas. (Mi suegra las llamaba «escarabajos». Cuando hablábamos de comprar una casa vieja decía: «¡Pero sin escarabajos!»). Dijeron que sería fría en invierno y caliente en verano. Dijeron, en fin, todas las cosas malas posibles. Algunas de las cosas que dijeron resultaron ser ciertas. Era verdad que tenía goteras y que hubo que reparar el techo. Escarabajos, sin embargo, sólo encontré uno: eché un poco de insecticida y desaparecieron para siempre. Vivíamos en la casa sin saber si era bonita o fea. Vivíamos como en una guarida, como en unas viejas pantuflas. Habíamos dejado de pensar por completo en las casas. Las expresiones «terracea», «calefacción individual», «cinco habitaciones», «muy luminoso», «prorrogable» e «hipoteca» desaparecieron de nuestro pensamiento. Aun así, durante mucho tiempo, después de haber empezado el traslado, de haber realizado toda una compleja serie de estudios relacionados con las paredes, las tuberías y los depósitos del agua, ya metidos en una difícil relación con fontaneros, electricistas y carpinteros, de vez en cuando alguien llamaba al teléfono de la casa que estábamos a punto de abandonar y que estaba llena de baúles, de cajas, de paja; sonaba el teléfono y se escuchaba una voz poderosa y triunfal: «¡Hola, soy el comendador Piave! ¿Cuándo se van a pasar a ver el apartamento de piazza della Balduina? ¡Es precioso y tiene telefonillo! Al regresar a casa, su marido podrá avisarle desde la portería de que ya ha llegado, usted pone a hervir los espaguetis mientras él mete el coche en el garaje y sube en el ascensor y ¡la comida está servida! ¡En el baño hay una columna de alabastro negro con mosaicos que representan peces, y todos los alféizares son de ónix! ¡Sólo tienen que llamar por teléfono, toman el té con mi mujer, llego yo y les acompaño enseguida, descansan un poco en el mirador, desde allí se disfruta de una panorámica completa de Roma, tomamos un aperitivo y les llevo de vuelta en mi coche! ¡Tengo un Spider!».

## EL MIEDO

En los días que transcurrieron entre el 8 de septiembre y el primero de noviembre de 1943 sentí constantemente un gran miedo. Después, en los meses que siguieron, dejé de tener miedo. No es que cesaran para mí las razones para tener miedo ni tampoco que, al no tener miedo, me hubiese vuelto valiente. Dejar de tener miedo no quiere decir necesariamente haberse vuelto valiente. Dejar de tener miedo puede significar, sencillamente, que el miedo nos ha abandonado, y que en el lugar en el que antes estaba el miedo ahora hay un vacío. Cuando tenemos miedo nuestra mirada permanece fija sobre nuestra propia vida, sobre los bienes que la vida nos ha dado y que sentimos en peligro. Pero al dejar de tener miedo, apartamos la mirada de nuestra vida y la dirigimos hacia otro punto. A veces ese punto no es otra cosa que un vacío. En el corazón albergamos un dolor, un recuerdo desgarrador de ese tiempo en el que estábamos tan estrechamente abrazados a la vida, en el que temíamos perderla, pero ese tiempo nos parece ahora lejanísimo, nos hemos convertido en otra cosa, nos hemos quedado pasmados, agotados, apagados, despojados de todo excepto del dolor, y por eso el tiempo del miedo nos parece un tiempo privilegiado, feliz, el miedo era hermoso, latía, bullía y rugía en nuestra sangre, en nuestro cuerpo ahora afligido, gélido y vagabundo, acurrucado contra un muro e inapetente.

Pasé los años de la guerra en un pueblo de los Abruzos cercano a L'Aquila, un pueblo situado sobre una carretera que nacía en L'Aquila y ascendía cortando en dos pueblos y campos, que poco a poco se volvían más polvorientos y rocosos hasta llegar a un gran pueblo polvoriento y rocoso llamado Montereale. El pueblo en el que yo vivía estaba más o menos a medio camino entre L'Aquila y Montereale y lo componía una fila de casas a lo largo de una carretera. Nuestra casa era vieja, señorial y decrepita, con un amplio zaguán frío como un sótano, grandes habitaciones con frescos descoloridos y un balconcito que se asomaba sobre aquello que en el pueblo llamaban «la plaza» y que no era en realidad una plaza sino un recodo de la carretera. La verdadera plaza estaba un poco antes y era grande, tenía algún árbol enfermo y esmirriado y allí se encontraba el ayuntamiento, frente al cual solían reunirse los reclusos a mediodía para recoger el correo y escuchar las noticias de la radio.

A mi marido lo habían recluido en aquel pueblo nada más estallar la guerra y, poco después, los niños y yo nos habíamos reunido con él. Cuando llegó el 25 de julio se marchó ya libre a Roma, pero yo me quedé porque no parecía prudente sacar a los niños de aquel pueblo en el que no había bombardeos y donde aún era posible encontrar comida. También el resto de los reclusos se quedaron allí, sin saber adónde ir.

Pasado el 25 de julio el resto de los reclusos y yo continuamos haciendo más o menos las mismas cosas que habíamos hecho desde que llegamos al pueblo: buscar en los caseríos y en los

huertos algo de verdura, harina de maíz y sobre todo huevos, que cada vez eran más difíciles de encontrar; pasear de arriba abajo por la carretera y, cada vez que nos encontrábamos, intercambiar entre nosotros previsiones optimistas sobre la paz, que estaba al caer, sobre los ingleses, que sin duda estaban a punto de llegar; esperar cada atardecer la leche frente a los establos del alcalde, volver a casa con la botella de leche tapada con una hoja y tratar de hacer mantequilla agitando la leche en la botella durante una hora, sacando con una cucharilla cualquier pedazo de mantequilla, por minúsculo que fuera; encender un fuego bajo el caldero con piñas y paja, y el hornillo a carbón, agitando un soplillo; asomarse a la ventana para intercambiar con los campesinos que pasaban más previsiones optimistas sobre la paz inminente.

Era una vida aparentemente tranquila, y aun así yo tenía miedo. Por la noche no podía dormir, pensaba que moría mi marido y que mis hijos y yo éramos deportados y que todas aquellas palabras tranquilizadoras que solíamos intercambiar a diario con el resto de los reclusos y los campesinos, de las que me alimentaba como si fuesen oxígeno, en realidad no valían nada porque todo el mundo sabía tan poco como yo.

La noche del 8 de septiembre se celebraba la fiesta mayor del pueblo, y la noticia del armisticio estalló en las jaulas de los pollos, los chillidos de los cerdos y los silbidos; los reclusos y los campesinos se abrazaron y se pusieron a tocar a lo loco las campanas de San Matteo y Santa Maria. Era el fin de la guerra y del miedo. ¡Cuánto miedo habíamos pasado nosotros, los reclusos, desde siempre, desde que vivíamos en aquel pueblo! ¡Cuánto miedo había bajo nuestras previsiones optimistas, en nuestras sonrisas, en nuestros pequeños paseos, cuánto miedo se perfilaba para nosotros tras aquellos huertos, aquellos pinos, aquellas rocas, aquellas cabras, aquellas montañas! Pensábamos que tal vez aquellos huertos, aquellas rocas y aquellas cabras eran los últimos que íbamos a ver en nuestra vida. Algunos de los reclusos eran judíos alemanes, y en ese tiempo les había llegado la noticia de que todos los miembros de sus familias en Alemania habían muerto o desaparecido.

La noche del 8 de septiembre vino a verme el ingeniero. El ingeniero era un recluso italiano al que, como a nosotros, habían enviado a aquel pueblo nada más estallar la guerra. Era un hombre bajito, robusto, de bigote hirsuto y un mechón gris despeinado. El ingeniero vino a darme la noticia del armisticio, aunque yo ya la sabía. Se inclinó para besarme la mano con un aire un poco misterioso—solía pronosticar para mi marido los más altos cargos políticos—y con aquellos modales suyos, que eran siempre ceremoniosos y gallardos, permaneció unos instantes con la cabeza gacha y luego se alzó como un muelle, radiante, agitando aquel mechón, y desapareció.

El ingeniero vivía con su mujer y su hija en el hotel Vittoria. El hotel Vittoria lo llevaban dos mujeres, Enrichetta y su hija Pia, y para los reclusos era tanto un refugio como una bendición, pues aquellas dos mujeres solían acogerlos a todos con gran afecto y generosidad, las noches de invierno en la cocina y las de verano en la terraza, ayudaban a todos los reclusos con sus preocupaciones y dificultades, y facilitaban la relación con el sargento para conseguir leña y comida. Aquella noche la acabé, entre abrazos y vasos de vino, en la terraza del hotel Vittoria, a la que acudieron también otros reclusos, los Amodaj, judíos de Belgrado. El señor Amodaj, que llevaba siempre un sombrero marrón, un traje de tela marrón bien planchado, un lustroso bastón, el monóculo, unas largas patillas grises y una sonrisa; la señora Amodaj, que era gorda, rubia, de nariz pequeñísima, y llevaba un vestido de flores de escote redondo que dejaba al descubierto sus anchos hombros y un cuello de toro, y los tres hijos, unos muchachos de entre diez y dieciséis años, pecosos y con camisetas a rayas. Quizá hubiera más personas en aquella terraza, recuerdo

que había un gran alboroto y que nos saludábamos como si estuviésemos a punto de dejarnos, y que se repetían las cosas de siempre, pero con un fervor y un entusiasmo insólitos: los ingleses, los ingleses, la paz, la paz.

Aun así había dos personas que no manifestaron ningún optimismo, ni siquiera aquella noche. Una era la mujer del ingeniero, pesimista por temperamento y por contraste con la naturaleza jovial del marido, siempre con el gesto torcido en una pequeña sonrisa amarga, y la otra Enrichetta, la propietaria del hotel Vittoria, que rezumaba el pesimismo de ciertas viejas del pueblo, atribuladas por las desgracias, que cuando viene la guerra tienen a los hijos en ella; un pesimismo que serpenteaba en las arrugas de su rostro oscuro, en los mechones de su pelo ralo y cándido, en aquellas manos oscuras y nudosas abandonadas en el regazo, envueltas en los pliegues de su vestido negro.

La mañana del 9 retransmitieron el discurso de Badoglio, las palabras «la guerra continúa» resonaron en una mañana gris, nebulosa, sofocante, resonaron en una plaza donde aún se veían los restos de la feria, los últimos mostradores de camisetas y pantuflas. Luego empezaron a llegar, a pie y en carro, militares que habían abandonado el frente y ya no llevaban ni uniforme ni armas. Y también, poco a poco, comenzó el miedo otra vez. Enrichetta y su hija Pia lloraban en la cocina del hotel Vittoria porque no tenían noticia de sus hombres, el ingeniero trataba de consolarlas hablándoles en el dialecto del pueblo, que tan orgulloso estaba de haber aprendido y que pronunciaba con un fuerte acento piamontés; gritaba su exclamación favorita, «¡Por caridad!», y se acomodaba el mechón, aunque el mechón ya no tenía la gallardía del día anterior.

Tampoco yo tenía noticias de mi marido y sentía que el miedo me iba agarrando poco a poco, cada vez más fuerte, y lo veía muerto en una calle de Roma en la que se decía que los alemanes se habían puesto a disparar, pero el ingeniero no paraba de repetirme que aquello no eran más que rumores, que no se sabía nada, que nadie sabía nada, y gritaba: «¡Señora, por caridad!», una exclamación que siempre me hacía reír y que me reconfortaba un poco.

La tarde del día 10 estaba asomada a la ventana de mi casa y vi un coche detenerse de pronto. Era un coche pequeño, descapotable, vetado de verde y en cuyo interior iban hombres de uniforme color beige. Bajaron dos y uno de ellos—muy apuesto, de aspecto saludable y pelo rizado—preguntó algo a un campesino que, a pesar del calor, iba envuelto en una capa. Luego supe que le había preguntado si aquella era la carretera que iba a Ascoli Piceno.

Por un instante había pensado que eran los ingleses, pero comprendí enseguida que se trataba de los alemanes, y durante mucho tiempo, durante años, para mí el horror se encarnó en aquella carretera, aquella fuente, aquel coche vetado de verde, aquel hombre de pelo rizado; el horror, la conciencia de que me había sucedido algo irreparable porque los alemanes habían llegado a aquel lugar lleno de judíos y la muerte nos iba a encontrar allí mismo, en aquel pueblo amigo, entre aquellas caras amigas, ahí, entre la iglesia de San Matteo y la iglesia de Santa Maria, entre las cabras, las rocas y las montañas.

Luego sucedieron cosas confusas. Huimos durante un par de días del pueblo, el ingeniero, la mujer, los niños y yo. Fuimos a Marruci, un pueblecito cercano, y pasamos la noche allí y otra noche en un caserío del campo. A los dos días regresamos, sin ningún motivo, nuestras decisiones eran incoherentes, confusas, no sabíamos qué hacer; por la carretera zumbaban los coches, las motocicletas y los camiones, eran automóviles militares alemanes, vetados de verde, y coches de civiles italianos, con matrículas de Milán o de Génova, pero en cuyo interior iban soldados alemanes armados con metralletas. Aparecieron los primeros fascistas republicanos, que vagaban

por el pueblo disparando al azar por las viñas, y el pueblo se quedó de pronto como enfermo, repleto de rumores, de uniformes, de paja sucia, de extraños.

Me quedé en aquel pueblo todavía dos meses más. También se quedaron los otros reclusos. En realidad no sabíamos adónde ir. Algunos no tenían dinero, otros estaban enfermos y todos seguían creyendo—o fingían creer—que los ingleses estaban a punto de llegar. Parecerá extraño, pero todos siguieron haciendo su vida de siempre: se veía pasar, como antes, al señor Amodaj con su traje de tela marrón, el sombrero, el monóculo, la sonrisa; a la señora Amodaj con sus hombros anchos, su cabecita rubia, su cuello de toro; al ingeniero con su mechón al viento. Ya no nos decíamos nada, no había nada que decir, y además pensábamos que tal vez no era prudente detenerse a hablar en grupo. El pueblo estaba lleno de alemanes, los alemanes se sentaban en la cocina y en la terraza del hotel Vittoria, en el pórtico del taller de Ciancaglini. Todos éramos presas del terror, pero paseábamos como siempre de arriba abajo por la carretera.

Aquellos alemanes no parecían interesarse por nosotros, ninguno nos había preguntado quiénes éramos, y la señora Amodaj decía que tal vez aquellos alemanes no, pero que otros alemanes, encargados de la captura de los judíos, podían venir a por nosotros, que aquello podía suceder en cualquier momento y que nos iban a matar si no llegaban antes los ingleses, pero lo único que podíamos hacer era esperar, apiñados como náufragos, porque lo único que teníamos era aquel pueblo, aquella carretera, aquellas cabras, aquellas montañas.

Me marché del pueblo el primero de noviembre. Me ayudaron a huir los propios aldeanos, y fueron ellos quienes decidieron los detalles de mi partida. Pia se acercó a los alemanes que comían en su casa y les preguntó si no podían llevar a Roma, cuando saliera algún camión, a una prima suya que tenía tres niños pequeños y que había perdido sus documentos en un bombardeo en Nápoles. Así fue como, una mañana, nos subimos a un camión alemán los niños y yo. Nunca había visto el pueblo tan hermoso, tan tranquilo, tan fresco, el cielo color perla, los campos enrojecidos. Me despedí llorando de Pia, de todos mis amigos, del ingeniero que también se estaba preparando para huir, y le dije adiós al pueblo porque pensé que no lo iba a volver a ver, que sin duda no iba a volver a verlo con los ojos de entonces.

## VIA PALLAMAGLIO

En Turín he vivido en cuatro lugares distintos: pasé la infancia en via Pastrengo, el fin de la infancia y los primeros años de la adolescencia en via Pallamaglio, el fin de la adolescencia en corso Re Umberto y la juventud en corso Galileo Ferraris, pero fue a via Pallamaglio adonde regresé después de la guerra, así que para mí Turín es sobre todo via Pallamaglio. Después de la guerra la calle cambió de nombre y se convirtió en via Morgari; todavía hoy, creo, se llama así, pero en el recuerdo me resulta más natural restituirle su primer nombre.

Es una calle no muy conocida situada entre via Nizza y los jardines del Valentino, desde que viví allí han pasado ya treinta y cinco años. Las veces que he regresado por casualidad a Turín en el transcurso de estos años he preferido no pasar por ese lugar, por eso no sé si ha cambiado mucho. Entonces era una calle muy fea: no tenía ni un árbol, ni una sola casa construida con un poco de gracia; era una calle gris, más bien estrecha. Cuando nos mudamos allí hasta el nombre me parecía feo: via Pallamaglio, un nombre feísimo, humillante para quienes tenían que vivir en ella; no sé por qué me parecía tan horrible. Menos mi padre, que era quien había encontrado la casa, nadie de mi familia estaba contento ni con la casa ni con la calle, y yo compartía con los demás la nostalgia de la casa anterior. La casa anterior, en via Pastrengo, tenía un gran jardín; en ésta no había jardín, vivíamos en un último piso con balcón, y yo sentía una gran nostalgia de aquel jardín perdido. Por si fuera poco, yo, que hasta ese momento nunca había ido al colegio y que siempre había estudiado en casa con ayuda de mi madre y de profesoras particulares, me enteré de que me iban a mandar a la escuela pública, y aquella perspectiva me llenó de espanto. Via Pallamaglio supuso para mí la pérdida del jardín y la perspectiva de un cambio de vida que no deseaba y que me atemorizaba.

En la casa nueva enfermé y de la escuela pública me expulsaron enseguida. Mi madre dijo que había enfermado por culpa de la casa, porque nos habíamos mudado demasiado rápido y las paredes estaban todavía húmedas. Se decidió que acabara la educación primaria en casa y que luego me matriculara en el instituto.

Nuestra casa estaba al comienzo de via Pallamaglio y hacía esquina con una plaza. Desde la ventana se veía la plaza, en la que había una iglesia y unos baños públicos. La iglesia era fea, corpulenta y maciza, y feas y macizas eran todas las casas de la calle, eso decían mis hermanos y mi madre: casas ni demasiado nuevas ni demasiado viejas, pero siempre macizas, corpulentas y grises, y cuando no eran macizas y grises eran todo lo contrario, bajas y amarillas, con ventanas de cristales rotos y barrotes oxidados.

Suspendido en la esquina, justo frente a la ventana de mi habitación, había un reloj enorme: aquel reloj se volvió importantísimo para mí cuando tenía que levantarme por la mañana para ir al

instituto.

En via Pallamaglio me despedí de la infancia. En aquella época las despedidas tenían una gran importancia para mí, me alimentaba y saciaba con despedidas y nostalgias. Sentía nostalgia—o pensaba que la sentía—de Palermo, la ciudad en la que había nacido. En realidad había vivido poquísimo allí y sólo conservaba recuerdos muy vagos de ella, pero saludaba aquellas vagas imágenes desde la distancia. Sentía nostalgia del jardín de via Pastrengo. Cuando tuve que ir al instituto sentí nostalgia de la infancia y me despedí de ella. Los primeros años del instituto fueron años difíciles para mí. No me gustaba nada ir al colegio, el latín me parecía difícil y sacaba unas notas pésimas, no hice amigos entre mis compañeros. Qué vida tan cómoda y hermosa había llevado hasta aquel momento. Qué nostalgia me producía aquella vida. Una vida sin relojes. Ahora, al levantarme, miraba diez veces aquel reloj de la esquina. Me esperaba la niebla de la calle, via Madama Cristina, que debía cruzar muy atenta a causa del tranvía, y desde allí iba hasta via Giuseppe Giacosa, donde estaba mi instituto, el instituto Alfieri, un lugar que me pareció odioso desde el primer minuto. Las tardes las pasaba en casa, luchando con los deberes. Cada tanto me asomaba al balcón para contemplar el paisaje que me ofrecía: el reloj, la iglesia, las palomas, los baños públicos de los que salían personas con una toalla bajo el brazo.

Pensaba que aquél era el paisaje que vería el resto de mi vida, que jamás conseguiría marcharme a otro lugar: tenía aquel paisaje y el monótono y breve itinerario de la mañana, porque aquel colegio que tanto detestaba se encontraba a poca distancia, aquella presencia inminente que no conseguía olvidar cuando estaba en casa. De pronto habían entrado en mi vida el tedio, el ansia, la soledad y la melancolía. Sin embargo, con ellos habían llegado de pronto también los poetas. Descubrí a los poetas y, a lo largo de aquellas tardes, adquirí la costumbre de leer versos en voz alta. Mi madre creía que recitaba la lección. Si la escuchaba acercarse escondía el libro bajo los libros de texto. Leí a Gozzano, a Corazzini, a D'Annunzio. En aquellos años tan difíciles para mí, ellos fueron mis verdaderos compañeros. Yo misma empecé a escribir versos también, deseando imitarlos. Los versos que escribía me parecían muy tontos, pero tampoco me importaba demasiado. Leer versos y escribirlos era el único modo de amar la vida, aquella vida hostil e imposible de amar que tenía frente a mí, el único modo en que me permitía hacer algo extraño, algo secreto y misterioso donde todo tenía sentido. Fue así como conocí los bienes de la existencia.

El tiempo que viví en aquella casa de via Pallamaglio años después, cuando la calle ya había cambiado de nombre, se convirtió para mí en algo completamente distinto. Después de la guerra aquella casa se volvió sencillamente un refugio para mí. Ya no me preguntaba si aquél iba a ser o no el paisaje que la vida me había destinado para el resto de mis días. Rara vez lo contemplaba, y siempre de forma distraída. En el lugar en el que estaban los baños públicos, tras la guerra, habían puesto una fábrica de pinturas. No sé lo que habrá allí ahora. Las ciudades están hechas de estratos superpuestos de las distintas épocas en que las hemos habitado. Es famoso eso que dijo Proust: «las casas, los caminos, los paseos, desgraciadamente son tan fugitivos como los años».

[2] Nuestra memoria permanece a veces en un estrato y otras en otro. Se posa sobre ellos como un pájaro. Pero en las ciudades en las que hemos crecido, en los lugares que hemos observado en la adolescencia o en la infancia, nuestra memoria se detiene más a menudo y con más detenimiento. Reencuentra intacta la curiosidad, la impaciencia, la aversión, el miedo y la expectación de esa primera mirada.



## NOTAS

[1] En Italia existe la costumbre de iniciar los anuncios inmobiliarios y de otros tipos con cuatro aes mayúsculas para que, de acuerdo con el orden alfabético, aparezcan en las primeras páginas de la sección de clasificados de los periódicos. (*Todas las notas son del traductor*).

[2] *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*, trad. Pedro Salinas, Madrid, Alianza, 1988, p. 503.